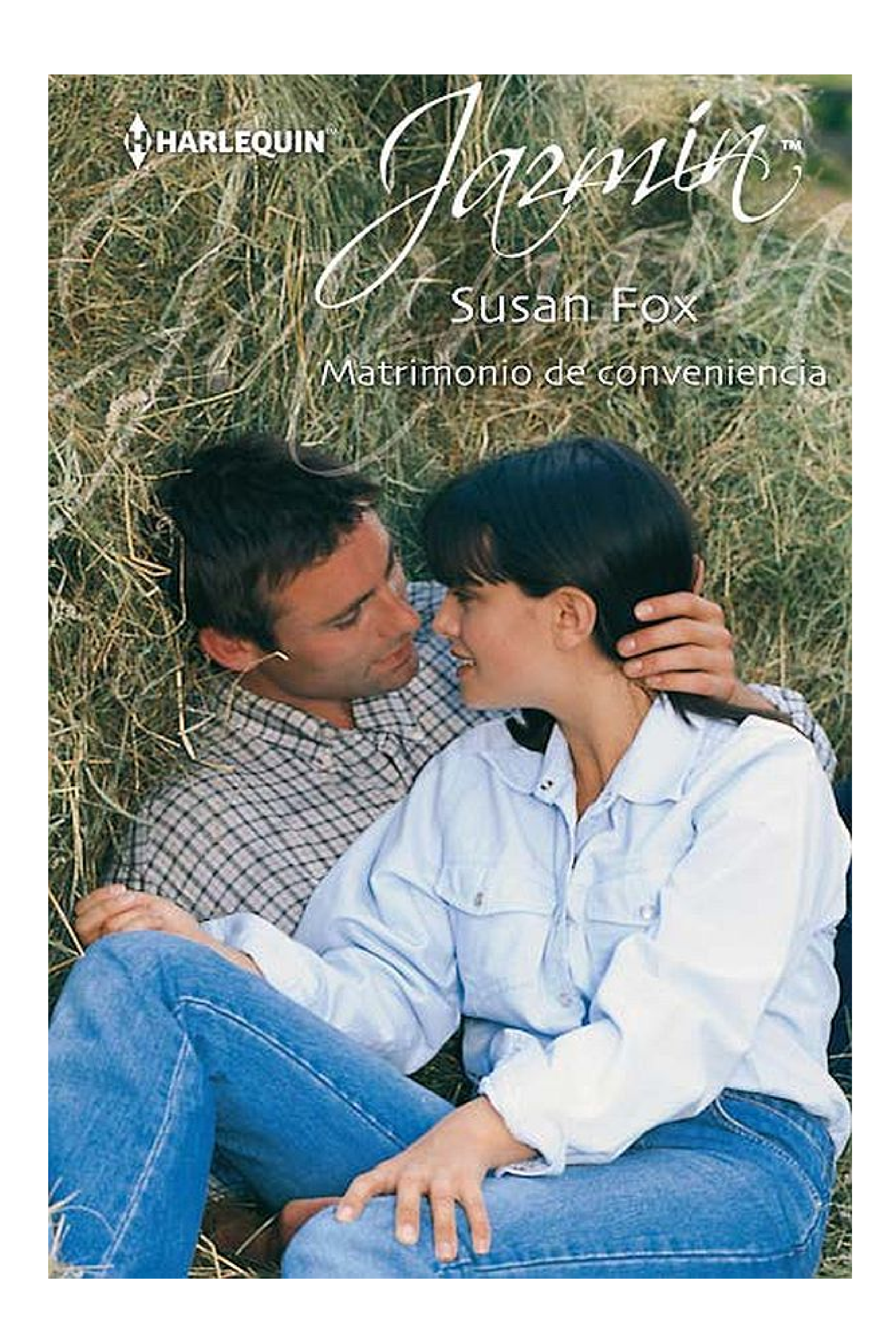

HARLEQUIN
Jazmín
Susan Fox
Matrimonio de conveniencia

Al cabo de sólo cuatro días, Rena se casaría con Ford Hallow. Pensar en la boda la llenaba de emoción e impaciencia. Aunque no era una boda corriente: Ford deseaba hacerse con las tierras de Rena, y ella no estaba dispuesta a permitírselo…

Pero si lo que Rena esperaba era un matrimonio de conveniencia en el que nunca tendrían que compartir cama, iba a encontrarse con una sorpresa. Ford llevaba mucho tiempo intrigado por la timidez de su futura esposa y tenía la intención de convertirse en su marido, en todos los sentidos de la palabra.



Susan Fox

Matrimonio de conveniencia

Jazmín - 1705

ePub r1.0
LDS 24.11.16

Título original: *Marriage on demand*
Susan Fox, 2002
Traducción: Cristina Díez Barberá
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 110 / Harlequin Romance (HR) - 3696
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Incluso para una mujer acostumbrada a controlar sus emociones durante toda su vida, con el único objetivo de ganarse el afecto y la aprobación de su padre, aquel mandato era difícil de cumplir: «Tienes que casarte con Ford Harlow».

Rena Lambert, que estaba en el porche del rancho Lambert, miró atónita a su padre y se quedó sin habla. Se sentía incapaz de responder con su habitual dulzura y suavidad a aquel hombre volátil y eternamente amargado que jamás mostraba el más mínimo atisbo de sentimientos. Quizás porque no los tenía.

—Ya hace mucho que deberías haberte casado —dijo él, y la miró críticamente de arriba abajo.

—No tengo interés alguno en casar…

Las impacientes palabras de su padre la interrumpieron.

—Ya está hablado. Eres una mujer sin sentimientos propios de tu género. A los hombres no les gustan las mujeres que son más machos que ellos.

Aquellas palabras la humillaron. Durante toda su vida, Abner Lambert había matado cualquier signo de feminidad o debilidad en su hija. Era realmente cruel que la reprendiera por haber reprimido sus inclinaciones naturales.

Sintió ganas de llorar, pero el autocontrol que había regido su vida desde su más tierna infancia le impidió derramar ni una sola lágrima.

El nacimiento de Rena había provocado la muerte de la única mujer a la que su padre había amado, con el agravante de que había

sido una niña, por lo que Abner se había quedado sin un hijo que heredara su hacienda. Un varón tal vez habría llegado a ganarse el afecto de su padre, o, al menos, su respeto, aunque sólo hubiera sido por su capacidad de llevar y transmitir el apellido de la familia, del que tan orgulloso estaba.

Jamás había pensado en volver a casarse para poder tener la deseada descendencia. Su retorcido sentido de la justicia lo instaba a culpar a Rena, en lugar de tratar de poner solución al problema.

Rena, por su parte, desde siempre había intentado con esmero ganarse el afecto de su padre.

Poco a poco se iba dando cuenta de que aquella búsqueda de aprobación venía del sentimiento de culpa que él había impreso en ella.

Rena miró a su padre que continuaba hablando. Cada palabra era más injusta que la anterior.

—No voy a permitir que ninguna mujer sea propietaria del rancho Lambert. Tu primer hijo heredará todo lo mío. Harlow lo supervisará hasta que el chico sea lo suficientemente mayor como para ocuparse de todo. Si no das a luz ningún niño, el rancho pasará a manos de Frank Casey o a uno de sus hijos. Si eso sucede, será mejor que tengas algo que Harlow necesite para que no te repudie, porque lo que busca, ya lo habrá obtenido. Quiere que vayas a su casa esta noche a las siete. Será una cena informal.

Dolida y avergonzada, Rena no sabía qué le daba fuerzas para mantener la compostura.

—¿Ya lo tenéis todo arreglado? —preguntó ella en un tono suave y cuidadoso—. Pero ¿por qué quieres que yo sea parte del trato? Véndele la parte Oeste a Harlow y dale el resto a Frank y a sus hijos. Han trabajado muy duro.

Ella había trabajado tanto o más que ellos, había dado su vida, su sudor su sangre a la tierra Lambert. Tenía la esperanza de que algún día heredaría aquel rancho que tanto amaba. Pero, de pronto, sus esperanzas se habían desvanecido.

¿Cómo había podido pensar que aquel rechazo llegaría a desaparecer? A ojos de su padre ella sólo servía para trabajar.

Su padre continuó con su dura charla y ella sintió un extraño mareo.

—Supongo que debo hacer esto por ti, ya que tú pareces incapaz

de conseguir que ningún hombre se interese por ti.

Una rabia afincada en ella desde hacía mucho tiempo amenazó con estallar. Pero, una vez más, la controló.

Sin decir nada más, atravesó el porche y se metió en la casa. Tenía un desagradable nudo en la garganta y la sensación de que se iba a desmayar.

Como un robot, subió las escaleras. Una vez en el dormitorio, comenzó a meter, mecánicamente, sus cosas en una maleta. Debería haber dejado aquel infierno cuando cumplió los dieciocho. ¿Qué mujer o que hombre habrían podido vivir así durante tanto tiempo?

«A los hombres no les gustan las mujeres que son más machos que ellos».

Su padre estaba equivocado. Ella no era ningún macho, no se asemejaba en nada a un hombre, pues ningún hombre habría tolerado que lo trataran así. Los hombres tenían más orgullo y autoestima.

La estúpida cabezonería que la había instado a no darse por vencida durante todos aquellos años de pronto le pareció ridícula y vergonzante. ¿Cuántas veces alguien permite que le den en la mano con el martillo, sin tratar de retirarla antes?

Aunque se había dado cuenta de la verdad tiempo atrás, no había querido aceptarla. Durante años había preferido levantarse cada día y centrarse en la rutina que la ayudaba a sobrellevar con cierta dignidad la sensación de rechazo. Por la noche, agotada por el malestar, se dejaba llevar y soñaba en vano con que algún día las cosas cambiarían.

Una repentina necesidad de poner fin a todo aquello la empujaba a empaquetar con creciente vehemencia sus cosas.

Seguramente, Ford Harlow pensaba que se iba a casar con una mujer a la que nadie quería pero que, a cambio, había conseguido un buen trato. Sólo pensar en aquello hizo que, una vez más, se sintiera humillada.

¿Qué tipo de hombre era Harlow? Jamás habría pensado que podría compartir algo tan enrevesado como los planes de su padre para desheredar a su única hija. ¿Cómo habría reaccionado ante la propuesta de su padre? ¿Se habría reído?

Al final había aceptado, eso estaba claro, porque lo que le interesaba era conseguir un trozo de tierra, no una esposa. Se

preguntó si realmente él estaría dispuesto a darle un hijo.

Un rubor puramente femenino se adueñó de ella. Durante años había ocultado celosamente cuánto le gustaba Ford Harlow. Su padre la habría amonestado duramente de haber notado que su hija mostraba interés por hombre alguno, y más particularmente por alguien de la talla de Ford Harlow.

A ella la habría mortificado que éste lo hubiera advertido. Las pocas veces que había hablado con él, se había mostrado amable, casi cariñoso, aunque su mirada intensa y sus masculinos modales la intimidaban. Ella siempre había respondido con frialdad, pero su herido ego no había quedado inmune a sus atenciones. Su corazón había respondido a ese trato de un modo natural e inevitable.

No podía soportar la idea de que él pensara que ella tenía nada que ver en aquel necio trato. Sabía que hombres como Ford Harlow no reparaban en la presencia de mujeres asexuadas como ella. Era desconcertante pensar que él hubiera podido tomarse en serio un trato que incluyera casarse con ella, al menos tan en serio como para querer concertar una cita.

Tenía que verlo en aquel instante. Tenía que poner fin a todo aquello. Pero ¿cómo iba a ser capaz de enfrentarse a él?

Sin darse tiempo a pensar más, soltó las cosas que se disponía a seguir metiendo en la maleta y salió de la habitación, antes de perder por completo los nervios.

* * *

El nuevo caballo que Ford Harlow había comprado era rebelón e inquieto, con demasiados malos hábitos tolerados por su anterior dueño.

El grito procedente de los establos llamó la atención de Ford y lo obligó a dejar cuanto estaba haciendo.

Cuando estaba a punto de llegar, el salvaje jaco salió de las cuadras, desafiando los infructuosos esfuerzos de sus dos cuidadores.

Dos hombres más se aventuraron a detener a la bestia, pero el animal los redujo y se dio a la fuga. Era sin duda un caballo inteligente, hábil y rápido, y esas mismas cualidades le habían

facilitado la escapada.

Ford corrió tras él con la intención de detenerlo, lanzándole un lazo que no hizo sino quemarle las manos y tirarlo al suelo.

Maldiciendo su suerte, se levantó y comenzó a correr una vez más tras el equino. En ese instante, vio a una mujer delgada que, al parecer, había entrado en sus posesiones atravesando los establos.

Rena Lambert era una visión luminosa, una figura llamativa que se recortaba sobre el fondo negro. Su cuerpo tenía una feminidad atlética que decía cuánto había trabajado en su vida.

No obstante, era toda una mujer, por mucho que se empeñara en disfrazarlo. Seguramente, jamás se habría imaginado los deseos ocultos que tantos hombres tenían acerca de algunos de sus atributos y de aquellas largas y musculosas piernas.

Con un grácil movimiento, interceptó la carrera del semental. Ford no pudo evitar cierta alarma al ver que se interponía en el camino del exacerbado animal.

Pero observó con sorpresa cómo el caballo se detenía bruscamente al verla. Cambió de dirección, con la aparente intención de saltar la valla. Sin embargo, no lo hizo. Se volvió hacia ella, como si quisiera tomar a Rena desprevenida para poder pasar.

Ford corrió hacia ella a fin de intervenir. En aquel instante el caballo retrocedió y casi se echó encima de la mujer, que ni siquiera parpadeó. Levantó sus patas delanteras por encima del hombro de ella, pero Rena mantuvo la calma, estiró la mano y tomó las riendas.

El caballo relinchó en cuanto sus pezuñas tocaron la tierra, pero antes de que se lanzara una vez más a la carrera, ella lo sujetó y lo obligó a dar la vuelta.

Dominado por sorpresa, el animal obedeció el mandato. Ford se detuvo a observar cómo Rena, sólo con las riendas y su mano en el lomo, instaba al animal a seguir el camino que ella le marcaba, y a pasear en círculos cerrados. La nube de polvo que se iba creando a su alrededor, impedía a Ford seguir todos sus movimientos.

Segundos más tarde, el caballo se detuvo de golpe y resopló en una clara señal de rendición. Rena le dio unas firmes palmaditas en el cuello y le murmuró al oído unas cuantas palabras.

No había gritado ni una sola vez, ni le había infringido al animal ningún tipo de castigo físico. Lo único que había hecho había sido

dirigir la energía del animal hacia el lugar que ella deseaba mostrándole su autoridad.

El placer de observarla incrementó el interés que Ford ya sentía. No esperaba verla tan pronto por allí, pero sabía por qué había ido. El rubor de sus mejillas al acercarse a ella confirmó sus sospechas.

—Muchas gracias —tomó las riendas. Sus increíbles ojos azules enmarcados por aquellas largas pestañas negras descendieron, mientras el color de sus mejillas se intensificaba.

Para otra mujer aquélla habría sido una buena ocasión para flirtear. Pero Rena era distinta. Era tremendamente callada y reservada, lo que hacía sospechar el duro trato que recibía de su padre.

Todo el mundo sabía que el viejo era un amargado y que había tratado a su hija como basura durante toda su vida. Ford se preguntaba por qué ella lo permitía. Quizás la había anulado de tal modo que temía enfrentarse al mundo sola.

Ford sólo había tolerado la presencia de Abner porque Rena lo intrigaba. No había descubierto nada particular, pero sí se había quedado muy sorprendido ante lo que el viejo quería hacerle a su hija.

La sensación de injusticia de semejante propuesta había sido mayor que el insulto de querer ser comprado como esposo de alguien a cambio de un trozo de tierra.

¿Por qué quería hacer eso? Si ella no lo necesitaba. Rena era muy hermosa. Tenía una espesa melena oscura que le caía sobre los hombros, un rostro de pómulos marcados y hermosamente armónico, una nariz fina y recta y una boca vulnerable que pedía en silencio a los hombres que fueran despacio.

Todo ello combinado con su cuerpo, se convertía en un verdadero placer para los sentidos. El deseo callado que había sentido por ella desde tiempo atrás se hacía desconcertantemente intenso en aquellos momentos, más de lo que jamás habría esperado. La idea de casarse con ella no le resultaba en absoluto desagradable.

Pero su instinto le decía que tuviera precaución. Ella había ido hasta él para poner fin al plan de su padre. Si notaba su interés por ella, se asustaría aún más.

—No esperaba verla hasta esta noche —dijo él, sin poder apartar

la vista de ella.

Sus ojos azules se fijaron en los de él durante unas milésimas de segundo, antes de volver al suelo.

—No puedo… no puedo cenar con usted. Yo… —Se detuvo en cuanto vio a dos de sus empleados acercarse por el caballo.

Rena estaba tensa y nerviosa ante aquel hombre. Ella era una mujer alta, pero Ford Harlow hacía que se sintiera pequeña y delicada. No era tremendamente guapo, pero sí muy atractivo y su intensa y oscura mirada parecía atravesarla.

Aquella feminidad largamente reprimida gritaba por salir. La presencia de un hombre normalmente no le afectaba, pero la masculinidad de Ford tenía un extraño poder sobre ella.

Despertaba en Rena una peculiar sensación que era mitad excitación y mitad miedo. Le aterraba pensar que su reacción pudiera ser en algún modo apreciable, porque su intensa mirada parecía poder ver más allá. No estaba acostumbrada a tratar con hombres como él. Aquéllos con los que trabajada día a día aceptaban su presencia, pero no había nada personal en su relación.

En cada palabra que Ford le decía, en cada mirada que le lanzaba parecía haber algo profundamente personal. A Rena aquello le resultaba amenazador, halagador y tremendamente confuso al mismo tiempo.

Rena se dio cuenta de que habían pasado unos minutos desde que había iniciado su frase inconclusa y que él estaba allí, ante ella, esperando a que la terminara.

—Perdone —dijo ella para disculparse por la espera y continuó —. Mi padre me acaba de contar… —Sintió un profundo dolor en el corazón y bajó los ojos, buscando en el vacío un lugar de reposo—. Quería aclarar que no tengo nada que ver con la propuesta de mi padre. Me niego a permitir que…

Le resultaba difícil expresar lo que quería decir sin dejar entrever cuál era la verdadera relación que tenía con su padre.

Ford se aproximó a ella y la tomó del brazo.

—Será mejor que entremos en casa. Podemos tomar algo frío y hablar con más calma.

Rena se quedó paralizada segundos antes de notar sus dedos cálidos posarse sobre su piel. Trató de no sobresaltarse, pero no lo pudo evitar. Mientras se encaminaban hacia la casa, ella sentía las

piernas débiles y temblorosas.

¿Acaso él habría notando el torbellino interior que le había provocado su tacto? La sensación de placer-temor era tan intensa que no pudo resistirla mucho tiempo, apartando finalmente el brazo en cuanto atravesaron los establos.

Horrorizada ante la idea de que él pudiera pensar que lo rechazaba, se detuvo de golpe. Él hizo lo mismo.

—Bajo ningún concepto quiero ofenderlo, señor Harlow. Lo que mi padre ha sugerido… bueno… yo no soy partícipe de eso. Buenos días.

Se maldijo internamente por el tosco modo en que había expresado sus ideas. Se sentía mal por haberlo hecho de aquel modo. Sólo le quedaba el recurso de marcharse rápidamente.

Pero las piernas temblorosas no le permitían moverse.

La desagradable sensación creció al ver la expresión de Ford.

—La sequía es cada vez más intensa, señorita Lambert. Yo necesito el agua de la zona Oeste.

La sequía de aquellos últimos dos años había disminuido peligrosamente las reservas de agua de Texas. El rancho Lambert también se había visto afectado pero, por suerte, todavía contaba con una considerable riqueza de agua subterránea. Darle a Ford la zona Oeste no mermaría considerablemente sus reservas.

—Hágale entonces una oferta económica. La aceptará gustoso, porque tiene problemas para trabajar tanta tierra.

Aquella información era confidencial y ella sentía ciertos remordimientos por habérsela dado. Pero lo cierto era que su padre era un hombre rudo, que cada vez tenía más problemas para conseguir mano de obra.

Ford la miró con una dureza implacable y Rena se dio cuenta de que la amabilidad que había querido adivinar en él no había sido sino un espejismo en un desierto árido.

Sus secretas fantasías sobre aquel hombre habían sido tan necias e infantiles como sus esperanzas de que, algún día, su padre la aceptara.

Ford era un hombre rudo que gobernaba con éxito su pequeño imperio texano. No podía haber en él signos de amabilidad. Sólo una personalidad dominante podría haberlo llevado a crear un exitoso negocio. Siempre se había sentido intimidada por él, pero lo

había atribuido a su atractivo. De pronto sabía mucho más. Después de lo que había vivido debería haber sido más capaz de ver lo que Ford Harlow era en realidad. Quizás no era retorcido y cruel como Abner, pero sí era un hombre dispuesto a todo por conseguir lo que quería.

Ella continuó.

—O pídale que le alquile el rancho. Se lo dejará en herencia a Frank Casey y estoy segura de que a Frank le vendrá bien vender esa parte para poder pagar los impuestos de herencia. No tiene por qué… —Su voz se convirtió en un susurro y se ruborizó una vez más—. No tiene motivos para… La gente no hace ese tipo de cosas hoy en día.

Se hizo un silencio tenso, que rompió él.

—Me temo que este tipo de cosas todavía se hacen, señorita Lambert. Su padre y yo aún no hemos concretado los términos del contrato, pero esperaba que usted y yo pudiéramos sentamos a hablar.

Rena lo miró fijamente.

—No —dijo sin pensar, de un modo directo e inesperadamente espontáneo.

—Sigue sin llover y no hay perspectivas de que vaya a hacerlo. Estoy cansado de pagar el agua a precios descabellados.

Rena negó con la cabeza.

—No puede casarse con una extraña sólo por un trozo de tierra. El matrimonio es algo más que eso.

Él continuó mirándola con la misma dureza.

—Debería ser así, pero casi nunca lo es. Debería estar motivado por algo más que el deseo y la necesidad de traer nuevas generaciones al mundo. Pero la mayoría de las veces no consiste en nada más que en sexo y en tener hijos.

—¿Y el amor? —Era una pregunta demasiado íntima, pero había salido sin permiso.

Él se relajó.

—Es usted aún muy joven, algo infantil. Abner parece tener prisa y yo necesito el agua.

Su respuesta no había contestado a la pregunta. ¿O tal vez sí? Le estaba diciendo que ya estaba decidido. Quería la tierra y estaba dispuesto a casarse con ella para conseguirla.

«Sexo» e «hijos» parecían ser las únicas premisas necesarias para que él se quedara con la sección Oeste del rancho Lambert. Aquello le resultaba tremendamente doloroso, pues había tenido tan poco amor en su infancia, que se había pasado toda la vida fantaseando con que algún día lo obtendría.

Aquella nueva decepción le provocó un dolor profundo y familiar.

—Estoy haciendo el equipaje. Me marcho de Lambert —susurró ella sin poder controlar el temblor de su voz—. Ese asunto debe tratarlo con mi padre. Yo no tengo nada que ver.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la camioneta. Pero la voz de Ford la instó a detenerse.

—Todavía estoy negociando con su padre. O le deja a usted en herencia el resto del rancho o no hay trato.

Desconcertada, lo miró.

—¿Qué?

Él sonrió ligeramente, pero la dureza de su mirada acalló cualquier signo de humor.

—Ha oído bien. Si yo voy a obtener algo más que una esposa, usted también deberá conseguir algo más que un marido. Y nadie va a reducir a mi esposa al papel de una mera hembra para la reproducción. No lo toleraré.

Ella tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de escuchar. Lo miró fijamente, como si tratara de buscar alguna señal de que había entendido mal. Acababa de decir que el matrimonio no era más que «sexo» y «niños». ¿Cómo se entendía entonces que acto seguido expresara algo tan contrario?

—Dígale a Abner que pasaré por el rancho más tarde —continuó él como si no hubiera notado su reacción, cosa que ella sabía había hecho—. Si no llegamos a ningún acuerdo y sigue con su idea de marcharse, puede que tenga trabajo para usted. Parece ser tan buena con los caballos como la gente dice.

Aquello era un cumplido. Rena no sabía cómo tomarse nada de lo que Ford le había dicho en los últimos minutos. Sintió una felicidad tan desconocida hasta entonces que no supo cómo reaccionar. Se quedó impasible, con el rostro rígido convertido en una máscara.

Su percepción anterior, que Ford Harlow era como su padre, de

pronto le pareció inadecuada. Tenía la extraña sensación de que estaba de su parte y de que cuando viera a su padre actuaría como su abogado, y eso era sorprendente. Nadie la había defendido desde la muerte de su tía, cuando Rena contaba con sólo ocho años.

Un ligero atisbo de confianza iluminó su corazón, aunque la oferta de un trabajo te resultaba casi tan aterradora como la de matrimonio.

Cualquier cosa que la mantuviera cerca de él la asustaba tanto como la emocionaba.

—Se lo diré —contestó ella suavemente, sin revelar nada respecto a sus emociones. No estaba aún preparada para responder a nada más de lo que le había propuesto. Lo mejor que podía hacer era asentir educadamente y marcharse de allí.

Capítulo 2

La sección Oeste del rancho Lambert había sido tiempo atrás un rancho en sí misma. En su momento, la mayor parte de aquella zona pertenecía a los Harlow, pero el propietario original prefirió venderle su propiedad a los Lambert.

Visto en un mapa, la parcela parecía un trozo robado a la zona Este del rancho Harlow.

Rena acabó de guardar sus cosas y las metió en la camioneta. Ford, seguramente, habría cambiado de idea. Era muy probable que hubiera optado por que Frank Casey y sus hijos heredaran Lambert. Además, el rancho Harlow era ya lo suficientemente extenso. Lo único que la parcela Oeste iba a añadir era un poco de agua y una línea divisoria más recta.

Aparte de eso, no encontraba ninguna razón lógica para que Ford Harlow se quisiera comprometerse con una mujer a la que apenas conocía. La desesperación podía llevar a un hombre a hacer cosas así, pero ése no era el taso de Ford. La sequía no lo había perjudicado tanto.

No tenía motivos para casarse con alguien a quien nadie consideraba atractiva o deseable.

Pero, Ford apareció y ella se quedó muy sorprendida. Aún más desconcertante fue que él insistiera en que ella estuviera presente durante la negociación.

La situación resultó complicada en incómoda.

Su padre, sentado detrás de su escritorio, no dejaba de hacer patente su irritación. Ford, por su parte, se había acomodado en la

silla, con una bota apoyada en la rodilla de la otra pierna y aspecto relajado. Rena, demasiado nerviosa para sentarse, prefirió permanecer de pie en una esquina.

Su padre, en su eterno estado de malhumor, miró al hombre que tenía delante y le habló con su dureza característica.

—Si realmente quiere esa tierra, tendrá que casarse con la chica.

Ford hizo una pequeña pausa, como si quisiera enfatizar lo que iba a decir.

—Si me caso con su hija, será legalmente mi esposa. No estoy dispuesto a consentir que sufra un insulto, cuando está en mi mano evitarlo. Quiero que ella también obtenga un beneficio en este trato.

La solemne declaración de Ford irritó aún más a su padre.

—¡Ella es su única opción para conseguir esa tierra! —dijo.

Ford continuó imperturbable.

—La posesión es suya y puede hacer con ella lo que quiera. Pero tiene que darse cuenta de que Rena no tiene ningún motivo para casarse conmigo.

El viejo golpeó la mesa con el puño.

—Se casará porque ella hace lo que yo mando.

—Ha hecho las maletas y se marcha, Abner. Así que está claro que ha perdido usted todo poder que tuviera sobre ella.

Abner miró a Rena furioso.

—Si no consigue un marido con este trato, no podrá conseguirlo de otro modo.

Rena hizo lo que pudo para aparentar impasibilidad ante otro de los insultos de su padre. Estaba ansiosa por marcharse de allí, no quería escuchar nada más, hasta que Ford habló.

—¿Acaso supone que no puedo seducirla por mí mismo? —dijo, dando a entender que Abner a quien había insultado era a él, presuponiéndole su incapacidad de conquista.

Abner se quedó confuso unos segundos, y acabó ruborizándose al comprender la interpretación que Ford había hecho de su comentario. Rena se sintió ligeramente gratificada. Ford continuó.

—La única persona que tiene voto en todo esto es su hija.

El viejo se levantó.

—¡Ella no tiene nada que decir!

—Yo creo que es una mujer inteligente con una opinión muy clara sobre las cosas. Si pone por escrito que ella heredará Lambert,

me casaré con ella.

Abner juró durante varios minutos, sin que eso sorprendiera ni a Rena ni a Ford. Finalmente, se dirigió a ellos.

—¿Y qué obtengo yo con todo esto? —gritó furioso.

La pregunta dejaba muy claras algunas respuestas. Lo que Abner habría obtenido bajo los términos de su propuesta era una oportunidad más de herir profunda y mortalmente a su hija.

A Rena no le extrañaba que así fuera, pero le dolía haber permanecido tanto tiempo junto a alguien que la despreciaba de aquel modo.

—Así controla con quien se casa Rena —respondió Ford.

—Puedo casarla con cualquiera —dijo Abner. Ford sonrió.

—¿Le valdría a un Lambert un «cualquiera»? ¿O realmente lo que quiere es a alguien de la talla de un Harlow? ¿Qué me dice de ese hijo que quiere que ella tenga? ¿Le da lo mismo quién sea el padre?

Rena no sabía si aquél no era más que un brillante argumento para seducir a Abner o una desagradable muestra de arrogancia.

«Nadie va a reducir a mi esposa al papel de una mera hembra para la reproducción. No lo toleraré». Una vez más sus palabras eran contradictorias con la declaración que le había hecho en su rancho, pero el repentino cambio de temperamento que provocaron en Abner hizo que se diera cuenta de su utilidad. Sin duda, Ford había logrado dar con el argumento preciso para que ella tuviera alguna posibilidad de heredar Lambert.

Rena contuvo la respiración. Era la primera vez que veía a alguien usar los argumentos de su padre en su contra.

Se sintió culpable por la satisfacción que aquella situación le provocaba. No obstante, después de soportar durante años la crueldad de su padre, era inevitable el placer de la venganza.

—De acuerdo.

Rena miró a su padre perpleja.

Abner asintió y repitió las mismas palabras.

—De acuerdo. Ella heredará la tierra.

—Necesito el testamento y quiero todos los detalles por escrito para el final de la semana. Me casaré con su hija en cuanto se firme la cesión de la tierra.

El padre lo miró con el ceño fruncido.

—Eso sólo tarda cuatro días.

—Deberíamos tener la licencia de matrimonio para entonces. —Ford miró a Rena—. A menos que ella necesite más tiempo para planificar la boda.

Ford tenía una mirada de hombre satisfecho. Había negociado con Abner Lambert y había obtenido lo que quería. No parecía plantearse que ella pudiera negarse.

¿Cómo iba a hacerlo? Llevaba años viviendo con la esperanza de que aquella tierra que le pertenecía por derecho pasara a sus manos. Había soportado toda una vida de dolor para eso. La negación de su derecho no había hecho sino aumentar su deseo de hacerla suya. Ford Harlow había conseguido devolverle lo que le pertenecía. Estaba en deuda con él.

—Con cuatro días tendré bastante —dijo ella en un susurro.

La mirada de Ford resplandeció una vez más antes de volverse hacia Abner.

Rena no podía soportar permanecer ni un minuto más en aquella habitación. Lenta y sigilosamente, salió de allí, sin que ninguno de los dos hombres tratara de impedírselo.

Rena se encontró con Myra cuando iba hacia los establos y, antes de proseguir su camino, se despidió de ella.

Debería haberse sentido feliz ante la idea de heredar el rancho Lambert, pero la perspectiva de su matrimonio con Ford enturbiaba la dicha.

Además, siempre podía suceder que su padre cambiara de opinión. No se fiaba de aquella rápida y repentina capitulación. No le extrañaría si en un par de días decidiera cancelar el trato.

Y, aunque no lo cancelara de inmediato, podría hacerlo en el futuro. Todavía pasarían muchos años antes de que su padre muriera, y lo sabía muy capaz de buscar el medio para alterar legal o ilegalmente cualquier documento.

Pero ella estaría inevitablemente casada con Ford ocurriera lo que ocurriera. No pensaba, por supuesto, que aquél sería un matrimonio eterno. No dejaba de ser un matrimonio de interés.

Si la situación con Abner se complicaba y tenían que llegar a los tribunales, nada le garantizaba que Ford fuera a pelear por ella, cuando ya había obtenido lo que quería.

No obstante entre el presente y futuro había sólo una certeza:

que se convertiría en una esposa. Pero ¿qué tipo de matrimonio sería cuando, de un modo tácito, se había negociado la innecesaria presencia de un heredero masculino? Sin esa premisa, ¿estaría Ford interesado en tener descendencia con ella?

Tampoco Rena tenía muy claro si quería o no tener niños, al menos no hasta que aquella unión diera evidencias de solidez, y de amor. Tal vez Ford sintiera lo mismo que ella y por eso había borrado la necesidad de un heredero, pues no estaba dispuesto a tener hijos con una mujer a la que no amaba.

Incluso podría ser que él no estuviera dispuesto a que aquel matrimonio se prolongara mucho tiempo. Abner tenía setenta y cinco años, y su relación habría de durar sólo hasta que el viejo pasara a mejor vida.

Al llegar al establo, Frank Casey, sus dos hijos y algunos hombres ya estaban allí esperándola. Frank y sus hijos habían sacado sus dos caballos, la yegua y el remolque que se llevaba prestado.

Se sorprendió al ver que todos los hombres se quitaban el sombrero al verla entrar.

—Sentimos mucho que se vaya, señorita Lambert. No creo que muchos de nosotros nos quedemos aquí después de que usted se marche.

Rena le informó a Frank de que su padre tenía ciertas intenciones de dejarles el rancho a él y a sus hijos. No quería que perdiera esa oportunidad. El hombre mostró su desacuerdo con aquella opción y le expresó con vehemencia su opinión de que el rancho le pertenecía.

—Confío en tu buen juicio y en que harás lo que sea mejor —le dijo ella.

Frank asintió solemnemente y Rena se despidió agitando la mano. Todos los presentes parecían desolados.

Rena se había llevado siempre muy bien con todo el mundo en el rancho Lambert, pero su padre se enfurecía cuando intuía que su gente le tenía más lealtad a ella. Cuanto más rudo y difícil se había hecho Abner, más se dirigían los hombres a ella para que tomara decisiones. Gracias a Rena y a los vaqueros que trabajaban allí, el rancho había podido explotarse razonablemente, a pesar de los irracionales arrebatos de Abner.

Rena no le contó a nadie la posibilidad de que acabara casándose con Ford Harlow, porque, además de que sentía cierta vergüenza, no creía firmemente en que eso llegaría a ocurrir. Había vivido siempre con aquel tipo de incertidumbre, y lo odiaba. No obstante siempre había procurado mantener la esperanza de que algo bueno acabaría por ocurrir. En aquel caso, le resultaba difícil saber qué era lo bueno y lo malo.

Después de la despedida, Rena se metió en su camioneta y se encaminó hacia la puerta principal, preguntándose a dónde ir. Podría llevar a los caballos a un establo y quedarse en un motel hasta que el pacto entre Ford y su padre estuviera sellado. Aunque, lo que realmente hubiese deseado habría sido olvidarse de todo aquello y dirigirse a Austin, donde podría buscar trabajo. Pero la posibilidad de heredar el rancho Lambert hacía que esa opción no fuera factible.

Ford acababa de salir de la casa cuando ella se detuvo en un «*stop*» justo al lado de su camioneta. Él se encaminó directamente hacia ella.

—Ya he hecho todos los arreglos necesarios para que los caballos se queden en mis establos —le dijo—. Y supongo que mi ama de llaves ya tendrá su habitación preparada.

La perspectiva de quedarse en su casa la puso aún más nerviosa.

—No creo que sea una buena idea —le dijo. El sonrió ligeramente.

—A Abner le inquieta que usted se marche de Lambert. Se centrará mejor en cumplir con su trato si ve que nosotros cumplimos el nuestro.

Rena miró al frente y agarró con fuerza el volante.

—Pero en cuanto usted y yo estemos bajo el mismo techo, él podrá dar marcha atrás.

—¿Por qué habría de hacer eso?

Le costaba reconocerlo delante de Ford.

—Sólo para provocarme vergüenza y dolor.

—El sabe de sobra que una vez que usted y yo estemos juntos, no toleraré eso. Usted es la única que duda.

Ella sintió indignación y rabia, pero mantuvo un tono de voz calmado.

—Y usted parece ser el único que no entiende cómo es mi padre.

—Claro que lo entiendo. Es un hombre rudo y de mal carácter. En cuanto se aleje de él, ya no tendrá que preocuparse más de sus vilezas —sus palabras fueron tajantes y no dejaron lugar a dudas sobre la opinión que tenía Ford sobre su padre—. Se está haciendo tarde. La señora Zelly estaba preparando la cena cuando salí de casa y ya se me estaba haciendo la boca agua.

Su mirada intensa se centró en la de ella durante unos segundos. Había en su gesto algo tremendamente sexual que hizo que Rena se ruborizara. Ella bajó los ojos.

—Entonces, sus hombres y su ama de llaves saben todo esto —no era capaz de decir la palabra matrimonio—. Ellos piensan…

—Lo que piensan es que, finalmente, me he decidido casarme. Las enrevesadas manipulaciones de un viejo amargado no van a afectar a su modo de ver este matrimonio.

Era la segunda vez que dejaba ver que las preocupaciones sobre lo que su padre pudiera hacer no tenían cabida. No obstante, ella se sintió en la necesidad de hacerle entender que sus dudas no eran gratuitas.

—La reputación de un hombre no sufre por lo que hace una mujer —lo miró fijamente y notó que sonreía ligeramente.

Ford apoyó el codo en la ventanilla abierta y se aproximó a ella. Su rostro estaba demasiado cerca, su voz resonó grave y sus palabras le provocaron a Rena un inesperado calor.

—La gente civilizada solía casarse para que las malas lenguas no pudieran murmurar. Podemos seguir casándonos si el trato falla y le preocupa lo que la gente diga.

Rena sintió una vez más aquella peculiar mezcla de miedo y excitación, pero fue incapaz de apartar la mirada.

—Tenemos que irnos —dijo él—. Me gustaría que se acomodara en la casa antes de la cena. Hemos de planear algunas cosas antes de conseguir la licencia mañana.

Ella se estremeció al oír hablar de la licencia de matrimonio, pero hizo lo imposible por ocultarlo. Además, todavía no le había dado las gracias a Ford por lo que había conseguido para ella.

—Le estaré eternamente agradecida por haberse enfrentado a mi padre en mi nombre.

Él respondió de inmediato.

—Los dos tenemos mucho que agradecernos por lo que hemos

obtenido en este trato y por el matrimonio.

Allí estaba otra vez aquella mirada implacable. El temor que Rena sentía hizo que asintiera antes de disponerse a marcharse. Ford se dio la vuelta y se encaminó a su camioneta.

En el momento en que estuvo de espaldas, ella lo observó secretamente, preguntándose cómo iba a lograr acostumbrarse a él.

* * *

Ford era consciente del temor que Rena sentía a casarse con él. Sin duda, la creía capaz de renunciar al rancho Lambert sólo por no tener que pasar por aquella boda.

No se sentía ofendido por ello. Sólo le pesaba lo poco que él podría hacer para aliviar ese terror en cuatro días.

Quizás ni siquiera valiera la pena intentarlo. Su padre la había puesto en una situación muy complicada. Y la verdad era que él no confiaba en Abner más de lo que ella lo hacía. Pero el contrato que tendría que firmar le dificultaría mucho poder renegar de lo hecho más adelante.

Mientras tanto, el único objetivo de Ford Harlow era evitar que Rena se diera a la fuga.

* * *

Rena llevó el remolque con los caballos hasta los establos de Harlow. Estaba temblando. Apagó el motor y salió dispuesta a bajar a los animales.

Ford, que había llegado antes, se aproximó y la ayudó a abrir el camión y a bajar la rampa. Le presentó a tres de sus vaqueros que se ofrecieron a ocuparse de los caballos. Ella se negó. Prefería hacerlo ella misma.

—Entonces lo mejor será que uno de vosotros le devuelva el remolque a Frank Casey, en el rancho Lambert —le dijo Ford a sus hombres, tomando las riendas de los dos caballos y dejándole la yegua a, ella—. Los otros dos podéis llevar el equipaje de la señorita

Lambert a la casa. La señora Zelly os dirá dónde dejarlo todo.

—Gracias —dijo Rena en un tono suave.

Estaba muy nerviosa, las cosas iban demasiado deprisa para ella. Necesitaba tiempo para reconsiderar todo lo sucedido aquel día, para pensar en lo que quería realmente. Pero su mente estaba confusa.

La yegua se puso en marcha en cuanto ella tiró ligeramente de las riendas, removiéndose inquieta como si intuyera el estado emocional de su dueña. Rena trató de calmarse y le dio al animal una palmaditas tranquilizadoras en el cuello.

Ford ya había metido los caballos en el establo, así que Rena lo siguió.

En cuanto los caballos estuvieron en su sitio, Rena se unió a Ford para que le mostrara la casa.

El rancho Harlow era una enorme casa victoriana, con un gran patio lleno de árboles. Todas las barandillas estaban decoradas con macetas de flores de diversos colores, que le daban al lugar un aire de hospitalidad.

No tenía nada que ver con la austera simplicidad del rancho Lambert, que siempre le había parecido excesivamente parco y gris.

La cocina estaba viva, llena también de color y vitalidad. El cálido aroma del pan cociéndose y de la carne asándose le recordó a Rena que no había comido nada desde el desayuno.

Zelly Norman se volvió hacia ella y la saludó con una espléndida sonrisa. Ford rápidamente le presentó a Rena.

—Es una hermosa elección, jefe —remarcó la mujer y Rena se sintió incómoda con tan inesperado comentario—. Bienvenida al rancho Harlow. Espero, sinceramente, que sea usted muy feliz aquí. Si necesita algo, hágamelo saber.

—Gracias —respondió Rena, incapaz de controlar la extraña sensación que tenía.

Ford y ella continuaron recorriendo la casa. Era mucho más grande que la de los Lambert y las habitaciones eran espaciosas y luminosas. La sombría opresión a la que estaba acostumbrada no se veía presente allí en ningún rincón.

Era, sin duda, la casa de un hombre, con mucha madera y cuero, pero con pequeños toques femeninos, como cojines de ganchillo, alguna que otra silla delicada, acuarelas en las paredes y cortinas

estampadas. Todo ello creaba una agradable combinación que hacía que Rena se sintiera confortable en aquel nuevo hogar.

Subieron arriba y, Rena siguió a Ford, que atravesó el pasillo y se dirigió directamente a la sexta puerta. Una vez allí, la abrió dejándole paso a ella. Rena, convencida de que aquél sería su dormitorio, entró sin dudar.

Pero al notar la ausencia de equipaje, se detuvo de golpe. Aquél debía ser el cuarto de Ford.

—Éste será nuestro dormitorio después de la ceremonia del viernes. El vestidor es muy grande, así que puede guardar ahí todo lo que no vaya a necesitar en estos días. Zelly ha vaciado los cajones de la cómoda para que pueda meter todo lo que no quiera poner en los armarios. La habitación que usará hasta entonces es aquélla —dijo señalando una puerta en una pared del dormitorio.

Rena miró desconcertada hacia la puerta abierta que conectaba una habitación con la otra. Ford continuó como si hubiera notado el pánico que ella sentía y quisiera tranquilizarla.

—En pocos días compartiremos cama. Lo mejor para los dos es que estemos cerca y nos vayamos habituando el uno al otro.

—No pienso dormir con usted.

Sus palabras sonaron como un susurro.

Ford respondió de inmediato.

—Y yo no me casaré con una mujer con la que no pueda compartir mi cama. Así que tendrá que pensárselo bien —respondió él en un tono suave que le aceleró el pulso a Rena.

Lo miró.

—Ya no hace falta un niño.

—No para su herencia. Pero yo quiero tener hijos —continuó él —. También quiero hijas. No me voy a casar con una mujer que no está dispuesta a darme niños.

Fue tan brutalmente honesto que ella sintió que la habitación se tambaleaba.

—¿Y si no somos… adecuados el uno para el otro?

Él la miró con seriedad.

—Será mejor que aprendamos a serlo antes de la ceremonia del viernes.

Aunque la expresión de su voz era suave y calmada, por debajo se adivinaba una dureza que a Rena la asustó.

—¿Y… y si yo cambio de opinión respecto a todo esto? ¿Y si lo hace usted?

Ford la miró implacable.

—Entonces, sencillamente, no habrá boda.

Sus palabras lograron aplacar ligeramente su sensación de pánico. ¿Realmente valía la pena pasar por todo aquello solo ante la posibilidad de heredar el rancho Lambert? Si Ford se parecía en algo a su padre, no estaría haciendo nada más que cambiar a un tirano por otro. Sólo que Ford era potencialmente aún más peligroso.

No había podido elegir el lugar en que había nacido, pero sí elegiría casarse con Ford, lo que implicaba llevarse lo bueno y lo malo de semejante elección.

¿Qué tipo de hombre era realmente?

—Tienes que ver tu habitación —le dijo él tuteándola por primera vez.

Ella apartó la vista, consciente de que había estado mirándolo fijamente todo aquel tiempo. Aquello le habría dado ocasión de darse cuenta del caos mental en el que estaba sumida.

Aquel hombre era demasiado fuerte y poderoso para ella. Ford Harlow parecía detectarlo todo, y tenía la sensación de que podría llegar a destrozarle el corazón.

Cabizbaja y confusa se encaminó hacia la otra habitación.

Pero fue incapaz de verla, pues su atención estaba únicamente centrada en el hombre que venía detrás de ella.

—Necesitamos lavarnos para la cena. Zelly la sirve siempre a las seis.

Tenía la sensación de que Ford lo adivinaba todo, y en aquel momento sabía que ella estaba buscando desesperadamente cualquier cosa que la distrajera del torbellino de emociones que estaba viviendo.

La idea de casarse con un desconocido para conseguir un trozo de tierra y una herencia se le hacía extraña e inmoral. Que, además, ese hombre esperara que se acostara con él, le parecía una barbarie.

Y, para una mujer a la que jamás nadie había besado ni abrazado, era sencillamente aterrador.

Sin saber cómo, se dio la vuelta y salió del dormitorio al pasillo, con el corazón latiéndole tan deprisa que se sentía mareada.

Capítulo 3

La cena resultó sombría y callada. El silencio en el gran comedor se hacía aún más patente por el resonar de un gran reloj. Ford se situó a la cabeza de la gran mesa y Rena se sentó a su derecha.

La pulida superficie de madera negra reflejaba suavemente las luces del ornamentado candelabro que había al otro extremo. Como base de las velas, Zelly había colocado un centro de flores, seguramente con la intención de crear una atmósfera romántica. Había sacado la mejor vajilla y Ford acababa de servir en sendas copas un champán con el que habían brindado. Los dos llevaban aún su ropa de trabajo y la extraña mezcla de refinamiento y vulgaridad era una muestra de lo que sería un matrimonio en un rancho.

Sin embargo, más allá de los símbolos, no había verdadero romanticismo. La escena era representativa de la cruda realidad: su matrimonio estaba total y absolutamente basado en intereses económicos y el único romanticismo era el que estaban dispuestas a aportar terceras personas.

La comida, no obstante, resultó deliciosa, pero Rena no la pudo disfrutar plenamente en aquella situación. Se sintió realmente aliviada cuando terminaron y Ford sugirió que se tomaran el resto del champán en el patio.

Ford esperó a que ella eligiera su asiento y se sentó a su lado. Colocó la silla frente a la de ella. Rena dio un sorbo de champán, pero estaba demasiado tensa para poder relajarse.

—Necesitamos hablar, Rena. Me gusta el sonido de tu voz, y me interesa todo cuanto me cuentas.

Rena lo miró sorprendida. ¿Le gustaba el sonido de su voz? Sintió algo inesperado, dulce y agradable y no supo cómo responder a eso. Quizás el cumplido no fuera sincero, pero la amabilidad de sus palabras fue suficiente para incrementar su frustración.

—No sé hablar por hablar, ni contar cosas a otros —dijo ella.

—Te irá resultando más fácil según lo vayas haciendo. —Ford se apoyó en el respaldo de la silla, como si se estuviera preparando para una larga velada con ella.

—No me gusta sentirme así de incómoda.

—A mí tampoco. Por eso sugiero que no nos andemos con rodeos y tratemos los temas importantes.

—De acuerdo —mintió ella en un suspiro. Tratar de asuntos serios con él le resultaba aún más inquietante. Pero había ciertas cosas que debían discutir y pronto. Quedaba muy poco tiempo antes del viernes, tan poco, que ella, en parte, deseaba que su padre cambiara de opinión.

—Supongo que ha sido un día muy estresante para ti.

Rena asintió y bajó la mirada.

—Hace un momento, en el dormitorio, ¿te he parecido demasiado rudo y frío?

La pregunta la sorprendió y no pudo por menos que ser sincera.

—Sí —lo miró. No añadió que le resultaba impositivo y dominante.

—¿Vas a echarte atrás? —le preguntó él.

Ella lo miró.

—Quizás, sería lo mejor —se puso de pie y dejó la copa sobre la mesa que había junto a la barandilla.

Ford respondió con calma pero con dureza.

—Yo quiero esa tierra, tú quieres el rancho. ¿De verdad que eres capaz de dejarlo escapar?

Rena inspiró profundamente.

—Todo el mundo pierde a lo largo de su vida algo que quiere —respondió.

—Pero en este caso lo que perderás será el rancho Lambert.

Oírle a él decir aquello lo hacía aún más doloroso.

—No tengo realmente muchas opciones.

Moralmente, a Rena le correspondía heredar aquella tierra, pero su padre había puesto una condición demasiado peligrosa, que podría acabar destrozándola aún más. Especialmente si, después del matrimonio, encontraba el modo legal de desheredarla.

—Has tenido que soportar muchas vejaciones al lado de Abner y lo has hecho con la única esperanza de que en un futuro te daría lo que es tuyo —dijo Ford—. Y ahora parece que tendrás que soportarme a mí durante otro buen número de años.

El tono de Ford no encerraba rabia ni el más mínimo atisbo de ofensa. Había sonado como una simple observación. No obstante, ella se sintió obligada a disculparse.

—No era mi intención ofenderte.

—No me has ofendido —dijo él—. Pero quizás debería aclararte lo que tengo en mente. Puede que eso te haga sentir mejor o quizás, sencillamente, te haga salir huyendo definitivamente.

Rena se volvió hacia él. Ford se inclinó y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Sé que éste no es más que un trato de negocios —comenzó a decir—. Pero hay en todo esto un matrimonio por medio, y creo que los dos debemos darle al asunto la importancia que merece.

Rena intuyó que estaba plantando las bases de otra discusión: la necesidad de dormir en la misma cama y tener descendencia.

—Ya me has hablado de eso. Un matrimonio consiste en dormir juntos y en tener hijos —dijo sin poder evitar ruborizarse. Bajó los ojos.

—Quiero eso, pero también quiero algo más, mucho más —su voz sonó grave y densa y ella sintió que el calor de sus mejillas se extendía por todo el cuerpo—. Me gustaría que fuéramos realmente dos novios en la boda y marido y mujer durante el matrimonio.

Ella no pudo responder, en parte porque no sabía qué y en parte porque intuía que tenía más que decir.

—Eso significa que mi foco está plenamente en ti y el tuyo en mí, como si fuera un matrimonio corriente.

A Rena, de pronto, le resultaba difícil respirar. Un matrimonio corriente… Como si él quisiera con ella algo más que sexo y niños en un trato sin amor sellado con el único objetivo de conseguir una tierra. Sin embargo, con aquella propuesta, la secreta atracción que había sentido de siempre por él y que se había desvanecido aquel

mismo día, parecía querer resurgir de las cenizas.

—Quiero verte con un vestido bonito el viernes —dijo él—. No tienes por qué ir de novia, si no quieres. Pero a mí me gustaría que la boda se celebrara en la iglesia en lugar de en un juzgado. Además, me gustaría que hubiera invitados.

La mención del vestido de novia, de la iglesia y de la posibilidad de invitados hizo que se pusiera aún más nerviosa. No había tenido tiempo de analizar hasta qué punto la convivencia con Harlow conllevaría una vida pública de la que había carecido hasta entonces.

Su padre era un solitario amargado que se había mantenido siempre alejado de todo el mundo y la había obligado a llevar el mismo tipo de vida monacal y aislada. Pero Ford era todo lo contrario. Formaba parte de la comunidad local y se esperaría que su esposa tuviera el mismo perfil.

Pero Rena era quien era: una mujer de modales poco femeninos y socialmente demasiado inexperta como para relacionarse cómodamente y sin problemas. No sabía hasta qué punto era algo que podría aprender y se preguntaba qué sucedería si jamás llegara a cubrir los mínimos requeridos. Podría, fácilmente, poner a Ford en situaciones muy complicadas y embarazosas.

—No hago más que hablar y hablar, y supongo que tú también tienes cosas que decir —él sonrió gentilmente—. Ya te darás cuenta de que si tú no dices nada, entonces tomo el turno rápidamente.

—No sé… no sé si espero tanto de este matrimonio —dijo ella.

—Pues yo lo quiero todo —dijo él.

Rena sintió una vez más aquel temor placentero.

—Somos extraños —le dijo ella, incapaz de confesarle sus verdaderas preocupaciones.

—Y puede que no seamos adecuados el uno para el otro —dijo él, recordando lo que ella había dicho hacía sólo un momento.

—Sí.

Se hizo un silencio tenso.

—¿Y qué propones para que lo averigüemos?

Aquella pregunta fue para Rena como una concesión a sus preocupaciones, pero también supuso una presión, pues esperaba una respuesta. Los modales dominantes habían desaparecido. Su silencio indicaba que aguardaba una contestación, pero la calma de

su gesto decía que estaba dispuesto esperar toda la noche, si era necesario.

¿Y qué podía ella decir? No sabía qué debían hacer un hombre una mujer para llegar a conocerse.

La honestidad la instó a confesar la verdad.

—Sinceramente… no tengo ninguna experiencia con los hombres —dijo ella—. No en relacionarme con ellos del modo en que estamos tratando ahora.

Apartó los ojos, porque sintió que la mirada calmada y directa de él le penetraba hasta el alma. Pero necesitaba saber cómo iba a reaccionar ante lo que estaba a punto de decir, así que levantó la vista una vez más.

—Lo único que sé es que no me gusta que me abrumen, ni que me manden. No quiero que me hagan sentir como una idiota, ni parecerlo delante de nadie —tragó saliva y continuó—. Tampoco querría hacer nada que te dejara en ridículo. No quiero que mis errores te creen situaciones embarazosas. Es por eso que creo que sería mejor olvidarnos de todo esto. En cuanto yo desaparezca, mi padre te venderá la tierra o te la alquilará. Yo misma le diré que soy yo la que se retira. Él me creerá y tú estarás libre.

—¿Puedes, sin ninguna duda, asegurarme de que no te produce ni siquiera un poco de curiosidad saber lo que sería estar casada conmigo?

Ya estaba. Se había dado cuenta de que ella sentía cierto interés por él. La idea la atormentó.

—Prefiero no pensar en eso —dijo ella, sin poder evitar ruborizarse.

Sin duda a Ford no le pasó desapercibida su reacción.

—No sabes mentir, Rena —dijo él.

Lo mejor que ella podía hacer era responderle con una pregunta.

—¿Puedes decirme, honestamente, que te sentirías satisfecho casándote con una mujer como yo? —preguntó suavemente—. Seguro que podrías conseguir a quien quisieras.

—Quizás. Pero yo quiero una mujer cuya vida sea el rancho. El hecho de que tú, además de querer lo mismo que yo, seas hermosa y atractiva, es razón más que suficiente.

Rena miró hacia otro lado, llena de placer y de incredulidad. ¡Le decía cosas tan bonitas! Aquel tipo de palabras sonaban muy bien

para una mujer que tan pocos comentarios hermosos había oído en su vida.

Pero era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que un hombre como Ford Harlow podía fácilmente deslumbrarla.

Tenía que reconocer que su mirada y su gesto eran sinceros, pero temía claudicar sin suficientes evidencias.

—No me crees, ¿verdad?

Ella le dijo la verdad.

—¿Cómo puedo estar segura de que no me estás diciendo todo eso sólo para conseguir la tierra? Sabes tan bien como yo que podrías engañarme fácilmente.

Ford esbozó una sonrisa.

—Eres demasiado suspicaz para que te puedan engañar, Rena. Me va a costar mucho ganarme tu confianza.

—¿Y para qué molestarte? Como he dicho…

—Porque los dos queremos algo —la interrumpió él—. Así es que estamos en el mismo bando. El matrimonio, generalmente, sirve para afianzar una relación después de un periodo de conocimiento mutuo. Nosotros empezaremos casándonos, pero aún tenemos cuatro días para conocernos antes de la ceremonia. Y, para empezar, me gustaría aclararte que jamás le diría cosas así a una mujer sólo para conseguir un trozo de tierra. Si la mujer no me gustara, no podría firmar un trato semejante.

El repentino silencio hizo más insoportable la expectante mirada de Ford.

No podía negar que le agradaba saber que le gustaba. Recordó cómo la había defendido ante su padre.

Pero, aparte de un trozo de tierra, Ford esperaba otras cosas del matrimonio, y a ella, a diferencia de lo que le habría sucedido a cualquier otra mujer, eso le preocupaba.

¿Y dónde quedaba en todo aquello aquel deseo secreto que siempre había sentido por él? Bueno, que todavía sentía… En sus sueños inocentes se había atrevido a desear que alguna vez se fijara en ella, incluso que llegara a atraerlo. ¿No era eso una semilla para tratar de encontrar el amor en el matrimonio y fundar una familia?

Se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que, en realidad, jamás había contemplado la posibilidad del matrimonio, porque siempre había pensado que era algo inalcanzable para ella.

Y, de pronto, allí estaba, casi a punto de casarse con Ford Harlow, quien acababa de dejar bien claro que quería tener hijos con ella. Después de todo, quizás pudiera llegar a tener una verdadera familia, un lugar donde las dificultades, la soledad y la tristeza que habían alimentado su vida no tuvieran cabida.

Pero el posible desastre que podía suponer aquel emparejamiento, merecía el que se lo pensara un poco. Jamás podría sobrevivir a aquello, si él acabara por sentir la misma aversión por ella que sentía su padre.

Al ver que no respondía, Ford decidió intervenir.

—Has dicho que no te gusta que te abrumen, ni que te manden, ni que te hagan sentir como una idiota. Pues bien, te aseguro que yo no voy a hacerte nada de eso. Y no va a pasar nada si me das un toque de atención cuando me ponga dominante.

Ella trató de ver en su gesto si hablaba o no con sinceridad.

Él continuó.

—¿Quieres casarte conmigo, Rena, y tratar de hacer de éste un matrimonio de verdad?

Rena trató de mantener la cabeza fría, se decía una y otra vez que él solo quería la tierra, pero no pudo evitar un placer infinito al oír de sus labios la propuesta formal. Y aunque las posibilidades de que saliera mortalmente herida eran muchas, no podía rechazarla.

—Sí —dijo en un susurro casi inaudible y tembló de miedo.

Acababa de entregarse a un destino que no sabía si le había de deparar dolor o el más maravilloso de los futuros.

—Me gustaría ir a ver a mis caballos —dijo inmediatamente después y se levantó, repentinamente ansiosa por escapar de él y encontrar un poco de privacidad para pensar sobre lo que acababa de hacer.

Ford aceptó el cambio de tema sin más, como si fuera lo esperable.

—Todavía no te he enseñado todo el rancho. Si quieres podemos verlo después.

La esperanza de unos momentos de soledad se desvaneció. Pero quizás eso era lo mejor que podía suceder. Si iba a casarse con Ford el viernes, tendría que acostumbrarse a su compañía.

Pero, cuando se pusieron en marcha hacia los establos y él la tomó del brazo, el tacto de sus dedos le provocó una cascada de

inesperadas sensaciones tan agradables que no supo cómo atajar.

* * *

El día siguiente fue muy agitado. Se dirigieron a San Antonio donde, después de pedir la licencia de matrimonio, Rena se separó de Ford y se dedicó a comprar todo lo necesario para la boda.

Pidió consejo en una perfumería sobre el maquillaje que habría de llevar y muy amablemente le enseñaron cuanto tenía que hacer. Salió de allí maquillada y tan feliz con el resultado obtenido que no hacía sino mirarse en todos los escaparates y espejos que encontraba en su camino, para cerciorarse de que el efecto era tan maravilloso como le había parecido al principio.

Después de visitar numerosas tiendas y de hacerse con un vestuario muy femenino, aún le faltaba el vestido primordial. Reconoció que había estado retrasando conscientemente la elección del traje para la ceremonia del viernes.

Ford llegó justo a tiempo de ayudarla a llevar las bolsas hasta el coche. Con tono inocente le recordó dónde había una tienda para novias y, sin pensárselo más, Rena se encaminó directamente allí.

Una vez dentro, se sintió totalmente fuera de lugar con su camisa de cuadros, sus vaqueros y sus camperas. Al verse en uno de los espejos, su imagen le recordó a la de un aguerrido vaquero, demasiado masculina para convertirse en una novia.

Estaba a punto de irse de la tienda, cuando una de las dependientas se aproximó. Incapaz de decirle que no a la mujer, Rena respondió a las preguntas que le hizo.

—¿Es para el viernes? ¡Pues no tenemos un minuto que perder!

A la mujer no parecían importarle sus vaqueros y sus botas masculinas, así que Rena se relajó.

Aunque Ford le había repetido varias veces su preferencia por un traje de satén y una boda en la iglesia, ella abominaba la idea de un elaborado vestido con cola.

Rechazó las primeras opciones que la mujer le presentó y, tras responder a unas cuantas preguntas más, la mujer la condujo a otra sección.

El vestido largo que le mostró allí fue el primero que realmente

agradó a Rena. Era un traje de manga larga, en satén blanco, con escote a barco y un sutil reguero de perlas alrededor. Llevaba un delicado velo con una tiara también de perlas. No era tan sencillo como ella habría preferido, pero sí de una sobria elegancia a la que le resultó irresistible.

Después de buscar los complementos adecuados al traje, se dirigieron a los probadores.

El vestido parecía haber sido confeccionado para ella. Rena lo miró en el espejo y decidió que, definitivamente, era precioso.

—Querida —dijo la mujer—. Es perfecto para ti.

Rena alzó la mirada y se atrevió a mirar su rostro. El maquillaje y el vestido le daban un aire tremendamente femenino. Bajó la mirada rápidamente.

—Necesitarás un peinado adecuado. Pero, de momento, puedo buscarte unos zapatos.

En cuanto la mujer desapareció, Rena se miró de nuevo en el espejo. Y, por primera vez, se sintió orgullosa de la novia que podía llegar a ser.

* * *

A pesar de que la empleada le asegurara que aquél era el traje perfecto para ella, no quería ponerse algo que no sabía con certeza si sería lo que Ford tenía en mente. Así que salió a buscarlo.

Nunca había estado en una boda y necesitaba tener la aprobación de él.

Le avergonzaba tener aquellas dudas, pero con una feminidad eternamente acallada por las continuas críticas de su padre, no confiaba en su criterio. Quería evitar a toda costa un comentario negativo de Ford sobre sus carencias como mujer. Así que prefería que los comentarios vinieran de antemano.

En cuanto lo encontró, Ford dejó de hablar por el móvil y se centró completamente en ella. Luego se encaminaron hacia la tienda.

—¿No se supone que da mala suerte que el novio vea el vestido antes de la ceremonia? —preguntó él al entrar en la tienda.

Rena se detuvo de golpe.

—¿Mala suerte?

—Sí. —Ford sonrió—. Es mala suerte eso y también que el novio y la novia se vean antes de la boda ese mismo día. Se dice además que hay que llevar algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul. Pero no son más que supersticiones.

—¿Eres supersticioso?

Ford sonrió y ella se relajó un poco.

—No, ¿y tú?

—Creo que no.

—Menos mal. Porque lo último que tú y yo necesitamos es mala suerte. Vamos a ver ese vestido.

Su predisposición alivió la ansiedad que sentía.

—¿Me dirás con sinceridad si te parece excesivo?

—No lo será —dijo él amablemente y Rena sintió inesperadamente gratitud y afecto hacia él. La misma amabilidad que tiempo atrás había despertado sus sentimientos secretos le provocó, una vez más, un reconfortante impacto.

Lo condujo hacia la caja y le mostró el vestido que había allí colgado.

Ford lo miró de arriba abajo, mientras ella no paraba de hablar.

—Mi idea era comprar algo más sencillo, así que, si no te parece bien, no me importaría…

—Es perfecto.

—Encontrar algo… mejor —terminó bajando la voz.

—Es perfecto —repitió él, pronunciando la frase con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

Él sacó la cartera dispuesto a pagarlo, pero ella reaccionó rápidamente, y trató de evitarlo. Pero cuando su mano se aproximó peligrosamente a la de él, se detuvo de golpe sin llegar a rozarlo. La mirada oscura e intensa de Ford se fijó en la de ella.

—Saldré enseguida —dijo ella, dejando claro que se encargaría de pagar su propio vestido.

En cuanto él se marchó, ella sacó el talonario y rellenó con mano temblorosa el cheque. No sabía si su padre cumpliría con la parte que le correspondía del trato, ni si Ford cambiaría de idea y cancelaría todo. Lo único que sabía era que se iba a gastar mucho dinero en un traje muy costoso.

Para ser una mujer que raramente se gastaba nada en ropa, era

un momento muy especial. Y para una mujer que jamás había tenido nada tan hermoso y femenino, era, sencillamente, un hito en su vida.

Capítulo 4

Cuando ya había colgado todo en el armario, Rena decidió quedarse en su habitación un rato, ansiosa por tener un poco de intimidad.

Miró una vez más maravillada el diamante que tenía en el dedo. Le resultaba extravagante. Jamás antes se había puesto un anillo. Pero, aunque se lo hubiera puesto, habría tenido que habituarse a aquél.

Era precioso. Pero el peso de la ceremonia a la que la obligaba hacía de la piedra también algo muy pesado.

Ford ya había preseleccionado una serie de anillos cuando ella llegó a la joyería. Había hecho remover todos los precios, pero a Rena no le cabía duda de que costaban una fortuna.

En voz baja, ella le había preguntado si el anillo se podría devolver en caso de que se cancelara la boda, pero él había ignorado la pregunta y se había limitado a rogarle que se los probara todos antes de elegir el que le gustaba.

Consciente de que, tal vez, Ford tuviera una idea muy clara de lo que quería que su esposa llevara, acabó declinando la oferta de ser ella quien lo eligiera. Él optó por el más elaborado y, probablemente, más caro de todos los anillos.

Al recordar los acontecimientos del día, se dio cuenta de que estaba totalmente fuera de su elemento. Se sentía como una paleta y, seguramente, Ford había pensado que lo era. Quizás había aprobado el vestido y había optado por el anillo más manierista en un intento de afeminar a su tosca novia. No podía culparlo por ello,

pues en cada cosa que ella misma había comprado había estado oculto ese mismo deseo.

No obstante, Ford había sido tremendamente paciente y amable, y no podía evitar que sus sentimientos por él fueran creciendo a cada instante. Pero aquellos sentimientos suponían un grave riesgo, cuando lo que iba a ocurrir el viernes era aún tan incierto.

Si su padre cancelaba el trato, tanto ella como Ford tendrían que pasar por la vergüenza de devolver el anillo y el vestido. Estaba dispuesta a pagárselo si era necesario.

Su cuenta bancaria había sufrido un duro revés con la compra del vestido, así que todo aquello era realmente preocupante.

Demasiado inquieta para poder sentarse, Rena comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Al día siguiente iría a San Antonio, a una peluquería, para ver qué podían hacerle en el pelo. Aunque a ella le parecía bien como estaba, se había tomado muy en serio el consejo de la dependienta de la tienda. También iría a la librería, para buscar un libro sobre bodas y otro sobre etiqueta.

Unos leves golpes en la puerta le anunciaron que Zelly estaba a punto de servir la cena, así que salió y bajó las escaleras para encontrarse con Ford.

* * *

Después de un agitado día de compras, Ford le propuso a Rena ir al *Country* Western Club a última hora de la tarde. Aquel nuevo evento le produjo un ataque de ansiedad y un inesperado mareo.

Jamás antes había estado en un lugar así, pero la idea le resultaba tan excitante como preocupante.

Ford le dejó clara la necesidad de que la gente los viera juntos antes del viernes, pero eso no hizo sino aumentar su nerviosismo.

Por suerte, se había comprado ropa nueva, así que, nada más cenar, se encaminó a su habitación para decidir qué ponerse.

Su cobardía le impidió elegir un vestido, pues Ford le había dicho que fuera informal y un vestido o una falda eran para ella la máxima elegancia.

Después de decidirse por una blusa blanca y unos pantalones caqui, se atrevió a abandonar sus botas en favor de unos zapatos

negros de tacón que había comprado aquel mismo día. Acto seguido, volvió a maquillarse tal y como la habían enseñado en la tienda y metió unas cuantas cosas en su nuevo bolso.

La joven que le devolvía la mirada en el espejo tenía un aspecto inesperadamente femenino y suave. Sorprendida ante la diferencia que unos zapatos y un poco de maquillaje podían provocar, se encaminó hacia la puerta con intención de salir.

Pero unos golpes en la que comunicaba su dormitorio con el de Ford la sobresaltaron.

Fue a abrir, agradecida de que Ford pudiera verla antes, por si había algo inconveniente en su atuendo.

Ford se había puesto unos vaqueros y una camisa blanca con ribetes rojos. Se había afeitado y olía ligeramente a colonia.

Su mirada fue suficiente para que entendiera que le daba su aprobación. Rena se relajó un poco.

—¿Sabes bailar? —le preguntó él.

—No.

—A mí me encanta hacerlo, así que, probablemente, te enseñaré esta noche —le dijo, mientras la tomaba del brazo para que salieran juntos del dormitorio—. Una vez que estemos en la pista, vendrán hombres a pedirte un baile.

—Eso no va a ocurrir —respondió ella con genuino candor.

—Ten por seguro que sí —dijo Ford con una sonrisa—. Baila con ellos hasta que yo pueda volver por ti. Pero deja que noten que llevas un anillo de compromiso.

Rena miró al frente y tocó el anillo con el dedo, incómoda con la perspectiva que él acababa de presentarle.

Antes de que pudiera decir nada, se dirigieron hacia las escaleras y él continuó.

—Los solteros de la zona llevan años preguntándose cuándo iba a aparecer Rena Lambert en la vida social.

Rena lo miró sorprendida. ¿Cómo podía tomarle el pelo de aquel modo?

—Te estás riendo de mí.

—Me temo que no. Creo que esta noche va a ser una revelación para usted, señorita Lambert —dijo él al llegar al último escalón—. Pero no te olvides de quién te ha llevado al baile.

* * *

Ford no se había aproximado ni con mucho a lo que fue realmente la respuesta de los hombres en el local.

Aunque era un día laborable, estaba lleno. Una orquesta de *country* acababa de empezar a tocar y ya salían a bailar las primeras parejas.

Ella y Ford encontraron una mesa cerca de la pista y él pidió algo de beber para los dos.

Un desfile de hombres comenzó a pasar por su mesa dispuestos a saludar a Ford y a que les presentara a Rena.

Las miradas interesadas de los solteros fueron realmente una revelación, tal y como había anunciado Ford, pero lo más impactante fue que tres vaqueros le pidieran bailar. Ella los rechazó.

—Ya te dije que esto ocurriría —dijo él con una sonrisa.

Una morena pequeña y llena de curvas se aproximó a la mesa en un momento dado. Rena recordaba a Jenny Sharpe de la escuela. Jenny era muy popular, pero Rena jamás había formado parte ni de su círculo social ni de ningún otro, aunque jamás nadie la había excluido. La situación que vivía Rena en su casa le había impedido tener amigos, así que se había centrado en estudiar y sacar buenas notas, además de seguir trabajando en el rancho.

—¡Vaya, Rena Lambert! —exclamó Jenny, subiendo la voz por encima de la música—. No te había visto desde que nos graduamos. ¿Cómo estás?

La amistosa reacción de Jenny le pareció genuina y Rena respondió con una sonrisa. La mirada de la recién llegada se fijó en la mano de la futura novia y rápidamente se la tomó para examinar el anillo.

—¡Dios santo, qué pedrusco! He oído que os vais a casar el viernes, pero ¿de qué vais a vivir después de haber comprado esto? —Jenny soltó la mano de Rena y sonrió a Ford—. Enhorabuena, Ford. Espero que traigas a tu nueva esposa a la barbacoa de mi padre en un par de semanas, para que realmente podamos llegar a conocerla.

Después de darles la enhorabuena, Jenny vio a alguien a quien

quería saludar y se despidió de ellos.

En aquel instante la banda comenzó a tocar un nuevo tema y Ford se inclinó sobre Rena.

—¿Bailamos? Es mejor empezar con algo lento.

Se levantaron y, aunque Rena se sentía nerviosa, el suave tacto de Ford la reconfortaba. Pero cuando llegaron a la pista, y sus cuerpos entraron en contacto, Rena retrocedió involuntariamente medio paso.

Ford, que la estaba mirando fijamente, notó en sus ojos sus reticencias. La tomó de la mano y en un gesto claramente asertivo la atrajo hacia sí. Luego deslizó su otra mano alrededor de su cintura. Rena lo miraba desconcertada, incómoda con un abrazo que notaba forzado.

Ninguno de los dos se movió.

—¿Voy demasiado deprisa para ti? —le preguntó él con la voz grave y profunda.

—Todavía no hemos empezado —respondió ella.

—Lo vas a hacer muy bien. Relájate, mira a las otras parejas y déjate llevar.

Ford comenzó con unos pasos lentos y lo suficientemente sencillos como para que ella los siguiera sin dificultad.

Su cuerpo masculino y cálido fue poco a poco deshaciendo la tensión en el de Rena. No podía evitar que cada movimiento fuera empujándola cada vez más hacia él.

Y Rena sintió que cada rincón de su feminidad se encendía en aquel juego, y sintió un placer y un temor antiguos, que Ford Harlow había despertado siempre en ella y que, sabía de pronto, era una atracción puramente sexual. Su mente quiso evitar la noción, pero su cuerpo insistió en responder con una excitación que había confundido con miedo.

En aquel instante, Ford cedió su puesto a otro vaquero que acababa de pedir su turno.

Rena se sintió como si la hubieran arrancado del paraíso. Se tensó y siguió bailando con el nuevo acompañante.

Pronto descubrió que su pareja era un desafortunado danzante, aun cuando se mostraba tan vivaz y entusiasta que ella podía a duras penas evitar pisarlo. Después vinieron un segundo y un tercer vaquero, pero ninguno despertaba en ella nada parecido a lo que

sentía en brazos de Ford. Cuando el último de ellos pidió tácitamente que se acercara más, lo único que sintió ella fue molestia.

Ford intervino inmediatamente y, en cuanto estuvo en sus brazos, el extinguido deseo se encendió de nuevo.

El siguiente baile fue un ritmo rápido que ella comenzó a seguir con dificultades, pero que pronto logró captar. Otras parejas se le acercaron con frecuencia y tuvo que reconocer que se divertía bailando a cierta distancia de ellos.

Cuando Ford la llevó finalmente de vuelta a la mesa, se sentía feliz y satisfecha. No había hecho el ridículo y la enorme cantidad de gente que había en el club ya no la intimidaba tanto. Por primera vez había sentido algo que había deseado toda su vida: aceptación social.

Al final de la noche, una vez fuera del local, Rena había logrado, por primera vez cierta confianza en sí misma.

Durante el trayecto de vuelta al rancho Harlow estuvieron en silencio.

Pero al llegar a sus habitaciones, Ford entró en el dormitorio de Rena, se aproximó hacia ella y la tomó de la cintura. Ella posó sus manos sobre el pecho de él.

La miraba y el brillo de sus ojos le decía que era consciente de cuanto le sucedía a ella.

—Te lo has pasado bien esta noche —afirmó él.

Ella se sintió culpable. A su padre no le parecía bien que se divirtiera. Y, aunque Ford no parecía ser así, había bailado con otros hombres. Él lo habría anunciado como algo natural, pero quizás le molestara que se hubiera divertido.

—En ningún momento olvidé quién me había llevado al baile —dijo ella patentemente incómoda.

Él la miró fijamente.

—Estás preocupada. ¿Por qué?

No se atrevía a darle una respuesta sincera, pero tampoco quería mentir. Buscó desesperadamente una respuesta. Al fin la encontró.

—Es… es muy tarde —dijo ella—. Y estamos… estamos aquí, así, en un dormitorio.

—Estamos comprometidos —apuntó él—. ¿Te escandalizaría que te besara?

Rena se tensó. Jamás nadie la había besado y aunque sabía que si se casaba con Ford eso sería inevitable, no había esperado que las cosas empezaran tan pronto.

—Te noto asustada.

Rena se ruborizó. Había acertado.

Lo mantuvo a distancia apretando las palmas contra su pecho.

Había sido una noche excitante y se sentía más segura de sí misma de lo que jamás antes había estado. Pero eso no le daba fuerza suficiente para enfrentarse a un primer beso.

Los últimos dos días habían sido tan abrumadores que no había tenido ganas de enfrentarse a lo que debería ser ese primer beso, compartir una cama o tener niños.

Ford sería tan experimentado que, probablemente, no se conformaría con una mujer que no supiera besar y que no tuviera habilidad alguna en el sexo. Por escaso que fuera su conocimiento sobre el tema, sabía que para los hombres era tan primordial una buena relación sexual como su frecuencia.

—Está claro que, en este momento, estás teniendo pensamientos virginales —el brillo de sus ojos oscuros se hizo repentinamente intenso y su expresión le dijo que iba a usar alguna estrategia—. ¿No quieres saber cómo será antes del viernes?

Rena sintió pánico y bajó la mirada. Los dedos de Ford le apretaron con firmeza la cintura.

—Tienes una boca preciosa —continuó en un susurro—. Es suave y apetecible, pero siempre he pensado que está diciendo: «Por favor, despacio».

Al mismo tiempo, se la iba acercando lentamente. Rena alzó la mirada y volvió a bajarla. Sintió su aliento sobre las pestañas. El placer y el miedo le provocaban una extraña debilidad que se hizo cada vez más intensa. Cerró los ojos.

Los labios de Ford se posaron sobre su frente, desconcertándola. Abrió los ojos y los volvió a cerrar en el momento en que se separó de ella, sintiendo una vez más su aliento sobre el rostro. Instantes después, le besó la mejilla. Lentamente, descendió hasta su barbilla y luego hasta el cuello.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y una cálida sensación la invadió. Las piernas le temblaban, pero no temía caerse, porque Ford la sujetaba con firmeza, mientras continuaba deleitándose con

la suave piel de su cuello.

Se agarraba a sus hombros pero, cada vez más, le daba la sensación de que sus músculos habían perdido toda fuerza.

Después del insinuante juego, se dio cuenta de que no la había besado en los labios y eso la preocupaba. Le sorprendía que en lugar de eso la hubiera sometido a tan extraña y deliciosa exploración. ¿Qué significaba?

«¿No quieres saber cómo será antes del viernes?». Era una pregunta que iba dirigida a los dos, una pregunta que llevaba implícita la necesidad de una prueba. Aunque sus besos la estremecieran y la llenaran de un desconocido placer, quizás él no había encontrado motivos para seguir.

Puede que ya hubiera averiguado lo que necesitaba saber. Quizás había decidido que ella no era adecuada para él y jamás lo sería. Era posible que sólo con aquello supiera que no valía la pena besarla en la boca. O tal vez la encontrara repelente.

Sintió terror y las piernas le temblaron una vez más. Pero él la tenía sujeta con tal firmeza que le resultaba imposible escapar.

De pronto, su mirada se hizo más intensa y aterradora.

—Ha llegado el momento —anunció con voz profunda.

Lentamente, se inclinó y posó sus labios sobre los de ella. Su beso fue, desde el principio, seguro y experto. Rena sintió vergüenza durante un efímero instante y después se dejó llevar por la ola de calor y la sensación que la poseyó por completo.

Nada a lo largo de su vida la había preparado para recibir aquel beso invasor, salvaje, enardecido por un deseo desconocido. Un instinto femenino e incontrolable había tomado las riendas de su cuerpo.

Cuando al fin se separaron, estaba temblando, perdida en la confusión de un placer tan intenso que le nublaba la vista. Abrazada a él, sentía el cuerpo tan caliente que le daba la sensación de que se le fuera a derretir de un momento a otro.

Era un consuelo sentir que su abrazo era tan feroz como el de ella y que parecía igualmente excitado. Pero su voz resonó firme, y sólo su tono le hizo saber que en ningún momento había perdido el control.

—¿Has obtenido alguna respuesta, Rena?

Ella no pudo contestar. Aunque ansiaba saber cuál había sido la

reacción de él y si estaba satisfecho con lo ocurrido, no fue capaz de mirarlo.

Ford había logrado arrancarle un beso fervoroso, convirtiéndola en alguien a quien ella no conocía. Recordó los gemidos involuntarios de placer y hambre que ella misma había emitido, y sintió una profunda vergüenza. No podría soportar que Ford la censurara por ello.

Ford le acarició el rostro. Sus dedos ásperos le tomaron la barbilla y la instaron a alzar el rostro. Ella obedeció, pero su mirada esquiva evitó la de él. De pronto, la besó de nuevo, pero en ese nuevo encuentro, sus labios se posaron suavemente.

La necesidad de más volvió a crearle a Rena una complicada mezcla de deseo y confusión. De algún modo, ella se las arregló para atemperar sus impulsos y mantener el control, mientras rogaba porque él no notara que quería más, mucho más.

Aquel hombre había provocado algo en ella, había dejado desatado una parte de ella que desconocía poseer y aún no podía creerse que existiera.

Cuando aquel último beso concluyó, él relajó los brazos y permitió que ella se apartara ligeramente.

Rena se retiró lentamente, torturada por la imposibilidad de dejar de tocarlo.

Se obligó a sí misma a mirarlo, porque sabía lo extraño que resultaba que siguiera evitándolo.

—Gracias por haberme llevado a bailar esta noche —dijo ella—. Me lo he pasado muy bien.

Los ojos de Ford estaban llenos de una fiereza que, hasta momentos antes, ella habría interpretado como rabia. Pero en aquel breve encuentro, su instinto había aprendido que aquella mirada era de deseo.

Ford farfulló su despedida.

—Buenas noches.

Y en el instante en que él se metió en su dormitorio y cerró la puerta, Rena casi se desmaya de alivio. Se tumbó en la cama durante un buen rato, poseída por pensamientos inquietantes, hasta que, agotada, se quedó profundamente dormida.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, a Rena le fue difícil enfrentarse a Ford. Lo ocurrido la noche anterior había complicado aún más las cosas entre ellos. No sabía cómo esperaba él que se comportara.

El sentido común le decía que, en realidad, debería haberse sentido más cómoda, pero su experiencia vital la instaba a permanecer en guardia y se sentía muy nerviosa.

Una vez abierta la puerta a los besos y abrazos, ¿con cuánta frecuencia esperaría él que aquello sucediera?

Todavía desconcertada por su propia respuesta a él, le pareció adecuado tratar de disimular en el futuro. Quizás la próxima vez que la besara tendría más control sobre sus actos. Le preocupaba que él hubiera tenido la impresión de que era una mujer fácil y no le gustaba lo que había oído decir a los vaqueros del rancho sobre las mujeres así. No quería formar parte de ese grupo de «hembras» con las que se acostaban, pero a las que no respetaban.

Como, además, no se sentía lo suficientemente femenina para un hombre como Ford, responder a él de aquel modo podría hacer que le pareciera demasiado desesperada.

Al salir al patio y acercarse a la mesa que Zelly había preparado para la el desayuno, Ford se puso de pie, tal y como hacía cada mañana, y le ofreció galantemente una silla. Pero ella no dudó como había hecho el día anterior.

A Rena le provocaban un extraño placer todos aquellos pequeños detalles: le abría las puertas, le llevaba los paquetes, la servía siempre a ella primero. Sin duda era extravagante aquel

gusto por la cortesía, cuando tan poca había tenido en su vida. Eran, sin embargo, pequeños y elegantes gestos que hacían que se sintiera más apreciada. No obstante, el que Ford fuera tan caballeroso hacía aún más patente que ella no era la dama que él merecía.

Rena se disponía a sentarse, cuando él le tomó la mano y la detuvo. Se inclinó sobre ella.

—Buenos días —le dijo, y acto seguido la besó en los labios.

No la estaba tocando, sólo sus labios estaban en contacto. Ella no sabía qué se suponía que debía hacer. La repentina excitación que sintió hizo que quisiera más, pero logró controlar su instinto.

En cuanto él se apartó, abrió los ojos y vio su ceño fruncido.

Se tensó y se sentó en la silla, sin dejar de notar su mirada fija en ella.

—¿A qué se debe esa timidez después de lo de anoche? ¿O es que estás de mal humor esta mañana?

Se ruborizó, bajó los ojos y se puso a juguetear con el borde del mantel antes de responder.

—Es timidez —dijo ella.

Ford sonrió y ella se sintió aliviada.

—¿Qué crees que puedo hacer para que dejes de sentir vergüenza?

Ella lo miró confusa.

—No lo sé. Quizás el tiempo… —Frustrada por su incapacidad de respuesta, bajó los ojos una vez más, extendió la mano y agarró la servilleta, buscando algo que hacer mientras libraba una batalla interior.

La verdad era siempre lo mejor, pero, en ocasiones, también lo más peligroso. Pues su verdad haría a Ford partícipe de cuán inútil era todo aquello. Probablemente ya se hubiera dado cuenta de que no le convenía complicarse la vida con alguien como ella sólo a cambio de un trozo de tierra.

—No sé nada sobre relaciones —continuó ella—. Sé cómo tratar a las vacas y a los caballos, pero no sé nada de lo esperable de una esposa. Me llevó más de media hora maquillarme para parecer más femenina. Por eso he bajado tan tarde. Tengo la sensación de que lo estoy haciendo todo mal, que todo el mundo sabe cómo actuar menos yo. Incluso cuando creo que lo hice bien, como anoche,

tengo la duda de si todos los demás pensarán lo contrario. Me preocupa el viernes y todo lo que vendrá después —hizo una pausa al darse cuenta de que estaba diciendo más de lo que quería. Pero continuó—. No creo que podamos ser felices, porque yo no me siento segura y tú necesitas una esposa que no sea ignorante y ruda.

Ford no había apartado los ojos de ella ni un instante. La miraba como si ya hubiera sabido de antemano cuáles iban a ser sus palabras.

Él levantó la mano y le tendió una rosa roja.

Un feroz río de lágrimas la tomó tan por sorpresa como la flor y se tensó tratando de controlarlo. La dulzura de aquel nuevo gesto la conmovió y recogió con mano temblorosa el obsequio.

Tocó delicadamente los pétalos aterciopelados intentando apaciguar sus emociones.

—Yo lo que veo es a una mujer tímida que preferiría sufrir una decepción antes de decepcionar a nadie. Una mujer que aún no ha entendido el poder de su feminidad, pero que cuando lo descubra, podrá hacer de este vaquero lo que le plazca.

Rena apreció la absoluta sinceridad de sus palabras. La confusión le impedía hablar, pero logró susurrar una súplica.

—Por favor, no te rías de mí.

—Siempre te digo la verdad, Rena, siempre.

—Si no estuvieras convencido de lo que vamos a hacer, si por algún motivo quisieras olvidar el pacto, ¿me lo dirías también?

—Te lo diría.

—¿Y qué ocurrirá después del viernes?

—Siempre seré sincero. Especialmente, después del viernes, porque entonces serás mi esposa.

Le estaba diciendo todo lo que quería oír, cosas maravillosas. Pero sus temores la incitaban a seguir.

—Y después del viernes… —comenzó a decir, en un susurro que era casi un suspiro, con la voz temblorosa—. Si piensas que has cometido un error…

Le resultaba tremendamente complicado hablar, decir lo que tenía que decir. Era demasiado arriesgado, demasiado vergonzante. Tenía miedo, demasiado miedo.

—Me lo dirás, ¿verdad? ¿Antes de empezar a odiarme?

Ford la miró sorprendido y ella bajó los ojos. Pero se dijo a sí

misma que había sido mejor preguntárselo directamente, sin rodeos.

Aquélla era, sin duda, su principal preocupación: que la llegara a odiar tanto como la odiaba su padre. Porque jamás había podido llegar a entender los sentimientos del viejo, por mucho que alegara que ella había sido la causa de la muerte de su madre. Por eso, no sabía cómo evitar que Ford llegara a sentir aquel mismo odio por ella. Lo único que sabía era que eso la destruiría por completo.

—Jamás te podría odiar —dijo él aparentemente calmado, pero sin ocultar una ira profunda.

—Muchas cosas parecen imposibles al principio, pero acaban ocurriendo —hizo acopio de valor y lo miró—. Sólo pido que me lo digas, si alguna vez empiezas a sentir eso, porque no quiero ser… rechazada. Prefiero que nos separemos amigablemente, sin hacernos daño.

El labio inferior comenzó a temblarle y bajó el rostro. Miró la rosa y la apretó con fuerza entre los dedos.

Había dicho más de lo que debía y se sentía avergonzada una vez más. De nuevo había cometido un error y debía hacer un esfuerzo por disculparse.

Al mirar a Ford notó que la observaba como si la estuviera viendo por primera vez. Sintió el corazón apesadumbrado y dolido.

—Siento haber dicho todo esto y haber estropeado una mañana tan hermosa —dijo y trató de sonreír—. Gracias por la rosa. Es preciosa.

Después de unos momentos de silencio, Ford puso la mano sobre la mesa, como si esperara una respuesta. Dudosa, ella posó la suya sobre su palma cálida y él la agarró con firmeza.

Volvió a sentir aquel placer desconocido que tanto la excitaba. Se daba por vencida. Era sólo el principio del tercer día y ya reconocía los síntomas de un sentimiento que jamás antes había experimentado. ¿Le quedaba alguna esperanza o la habría atrapado irremediablemente?

—No quiero hacerte daño, Rena. Jamás habría pactado algo así si no pensara que nuestro matrimonio podría funcionar.

Lo miró a los ojos tratando de averiguar si era sincero y no pudo encontrar el más mínimo resquicio de falsedad.

—Pero me lo dirás en el momento en que…

—Sí, te lo diré. Y espero lo mismo de ti. Tampoco a mí me gusta

sentirme rechazado —le dijo—. Pero espero que me des una oportunidad.

Lo decía como si realmente estar casada con ella fuera algo importante para él, como si obtener la tierra fuera sólo secundario. Pero eso no podía ser verdad. No obstante, reconoció una vez más el placer que le provocaban sus palabras. Estaba dispuesta a darle todas las oportunidades que fueran necesarias.

—Sí, lo haré —respondió.

Zelly salió con una bandeja y Ford le soltó la mano a Rena. Se levantó para ayudar a la mujer.

Durante el desayuno, charlaron más relajadamente. Él le contó sus planes para el viernes, buscando su aprobación. La rápida ceremonia en la que ella había pensado iba a convertirse en algo mucho más formal. Pero Ford parecía especialmente entusiasmado con todo aquello y ella fue muy cuidadosa con las pocas objeciones que puso.

Se preguntaba si la gente sabría ya el trato que Ford Harlow y su padre habían hecho, y cómo parecería una gran boda en esas circunstancias. No sabía hasta qué punto era hipócrita hacer semejante despliegue con un matrimonio que, posiblemente, acabaría en divorcio.

Pero Ford parecía saber muy bien lo que estaba haciendo y ella se abstuvo de comentar sus preocupaciones.

Ninguno de los dos había sabido nada de su padre, pero a aquellas alturas le preocupaba tanto que él se retractara, como tener que participar en aquella carísima ceremonia pública.

* * *

La boda comenzó a las siete de la tarde en la parroquia.

Por la mañana, mientras Ford y Abner se reunían para firmar el contrato, Rena había terminado con los preparativos de la celebración.

Al llegar el momento crucial, controló el pánico y comenzó a recorrer el pasillo de la iglesia.

Los bancos estaban todos llenos de invitados. Rena no había estado jamás rodeada de tanta gente.

El templo había sido decorado con flores de variados colores y formas, similares al ramo que la novia agarraba con demasiada fuerza.

Ford estaba allí, en el altar, esperándola mientras caminaba hacia él sola. Su padre había llamado el día anterior para decir que se negaba a asistir, pues no estaba dispuesto a ver cómo ella se ponía en ridículo. Rena se alegró. Lo prefería. La ceremonia ya le resultaba lo suficientemente complicada por sí misma, como para añadir la presión de una presencia hostil.

Observó a Ford a través del velo. Allí estaba, tan alto y elegante con su traje negro. Su imagen dura y oscura se veía matizada por una hermosa y deslumbrante sonrisa que a Rena le tocó directamente el corazón.

Cuando llegó a su lado, Ford le tomó la mano y ella se la apretó con fuerza.

El sacerdote comenzó entonces con la ceremonia. Sin duda él creía que se casaban por amor, y habló de eso, y de lo bueno y de lo malo, y de la salud y la enfermedad, hasta que la muerte los separara. Rena se sintió culpable al pronunciar su promesa de amor, porque ninguno de los dos tenía la certeza de que fueran a sentir algo tan profundo jamás. Al menos sabía que ella estaba cerca de amarlo. Al llegar a la parte de honrar y proteger, Rena apenas si podía contener las lágrimas.

Había logrado reprimir el llanto a lo largo de casi toda su vida. Pero estando allí de pie junto a Ford, en la iglesia, pronunciando palabras que no eran en sí más que el anuncio de una esperanza, hizo que los ojos se le empañaran peligrosamente. Finalmente, una lágrima furtiva se deslizó por su mejilla y su mano tembló cuando Ford le puso el anillo.

El sacerdote bendijo su unión y dijo las palabras finales.

—Ya puede besar a la novia, señor Harlow.

Ford le soltó las manos y levantó delicadamente el velo que le cubría el rostro. Lentamente, se aproximó a ella y depositó sobre sus labios un suave y cálido beso.

Terminada la ceremonia, salieron de la iglesia y se encaminaron en el coche nupcial al restaurante que Ford había contratado para la celebración.

—Está usted muy callada, señora Harlow —le dijo Ford

mirándola sonriente—. Todavía pareces nerviosa. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. Me alegro de que la ceremonia haya terminado —le confesó suavemente—. La iglesia estaba preciosa, decorada con tantas flores.

Ford le apretó la mano para reconfortarla y ella lo agradeció. Pero aún estaba emocionada después de lo que había vivido en la iglesia.

Una vez en el restaurante, recibieron a todos los invitados que se fueron sentando en las mesas.

Muchos de los vaqueros del rancho Lambert habían asistido a la boda. Entre ellos estaban Frank Casey y sus hijos. A Rena le agradó ver que la respetaban tanto como para asistir a su boda. Nadie comentó nada sobre la ausencia de su padre y ella lo agradeció.

Después de la opípara comida, vino un enorme pastel de bodas. Rena realizó, no si nerviosismo, el tradicional ritual de la novia y el novio dándose mutuamente el pastel. Los invitados vitorearon a Ford cuando tomó de los dedos de ella un pequeño trozo de tarta y acabó deleitándose con el azúcar que había quedado en las yemas.

El gesto le provocó a Rena una inesperada y nerviosa carcajada que él recompensó con un rápido beso.

A pesar de las condiciones de aquel casamiento, cualquiera que pudiera observarlos en aquel instante habría asegurado que él amaba realmente a aquella esposa, a la que trataba con inmensa dulzura.

Bailaron juntos al ritmo de la banda de *country* que Ford había contratado y pasaron algún tiempo con los invitados antes de decidir que era el momento de irse.

Después de lanzar el ramo se encaminaron hacia el coche que había sido decorado para la ocasión. Se dirigieron al rancho Harlow, pues Rena se había negado a que Ford pagara una costosa luna de miel. Él había accedido, pero sólo a condición de que se fueran de viaje en los próximos meses.

En cuanto estuvieron en el porche de la casa, Ford tomó a la novia en sus brazos y atravesó la puerta. Pero, en lugar de dejarla en la entrada, subió las escaleras hasta el dormitorio de Ford. Cerró la puerta y la posó suavemente en la cama mientras la besaba tiernamente.

—¿Te sientes casada? —le preguntó él con una mirada

juguetona.

—Sería complicado no sentirse casada después de todo lo sucedido —dijo ella e, inmediatamente, se dio cuenta de que su respuesta acababa de abrir la puerta a la marital intimidad para la que aún no se sentía preparada.

Ford le quitó la diadema de perlas y retiró el voluminoso velo. Rena agradeció aquel pequeño entretenimiento que retrasaba un poco lo inevitable.

Ella aprovechó para levantarse, dispuesta a quitarse el vestido de novia y a ponerse el pijama, pero él la agarró de la mano y la detuvo. Habló con una voz profunda y el tono jocoso se transformó en una seria súplica.

—Voy a necesitar tu ayuda, Rena —le dijo él—. En los matrimonios los dos se ayudan incluso en las cosas más pequeñas.

En aquel instante supo que tenía intención de iniciar su matrimonio tal y como le había anunciado. Respiró aceleradamente, llena de temor y excitación. Asintió a pesar de que su corazón rogaba en silencio: «Por favor, no tan pronto». No podía ser que lo esperara todo de ella de inmediato. Aunque, por su gesto, parecía que aquél fuera su objetivo último.

La idea le aceleró el corazón. Se sentía confusa. ¿Cómo podía sentir tanto temor y tanta excitación al mismo tiempo?

—Vamos a necesitar algún tiempo antes de encontrarnos cómodos el uno con el otro —dijo él y ella sintió cierto alivio—. Cuatro días no han sido suficientes para llegar a conocernos en profundidad, ¿verdad?

Rena suspiró.

—No.

—Pero esta noche vamos a compartir esta cama, y preferiría que no te sintieras aterrorizada.

Ella apartó la mirada, avergonzada de que, aun siendo él tan amable, ella no lograra sentirse bien.

—¿Y si empiezo por ayudarte a colgar este velo que tengo en la mano?

Lo que pareció un cambio total de conversación no era sino parte de lo que antes había querido decir. Con aquel comentario de que los dos se ayudaran, intentaba decir que debían ayudarse el uno al otro a quitarse la topa. Aquel gesto no era sino el principio.

A Rena aquello se le hacía enorme y complicado, aunque a ojos del mundo y de Ford era, probablemente algo sencillo e inconsecuente.

Por una parte, estaba ansiosa de que sucediera lo que tenía que suceder, para así vencer de una vez por todas sus miedos. Quizás lo mejor era soportar lo que hubiera de venir con la esperanza de que luego quisiera más.

Además, Ford había sido realmente amable con ella y se sentía obligada a complacerlo, por lo que no se resistiría. Le había demostrado que sus intenciones hacia ella eran las mejores. Estaba convencida de que no pensaba causarle mal alguno.

También era cierto que ella sentía cierta excitación ante la idea de estar con él. Sus besos y su tacto le provocaban un placer infinito. Se habría mentido a sí misma si se hubiera dicho que no tenía curiosidad sobre lo que era el sexo.

Rena lo llevó hacia el armario. Una vez allí, encontró una percha para el velo. En cuanto lo tuvo bien sujeto, Ford lo colgó.

Él se quitó la chaqueta y ella le buscó otra percha e hizo lo mismo.

La camisa blanca de seda que llevaba parecía enfatizar aún más el ancho de sus hombros. Lo miró de arriba abajo, pero, casi de inmediato, apartó tímidamente los ojos. La sensualidad que exudaban ambos se convirtió en una corriente eléctrica que le alteró el pulso de Rena.

—¿Podrías quitarme los gemelos, por favor? —dijo él con voz profunda y grave.

La discreta petición era otro paso hacia el encuentro. Estiró la mano y ella le quitó el gemelo. Luego fue el segundo. Ford los puso en una bandeja de cristal que había en un estante. Le tomó la mano y se la llevó hasta la corbata. Ella se quedó paralizada al encontrarse con su mirada y subió mecánicamente la otra mano.

Una extraña sensación de debilidad se apoderó de sus dedos al sentir el calor que emanaba su cuerpo masculino. Le quitó la corbata y la dejó detrás de la bandeja de cristal.

—Tu vestido tiene un montón de botones pequeños. Si te das la vuelta, te lo desabrocho.

Temblorosa y acobardada, se dio la vuelta. Momentos después, sintió sus manos cálidas mientras desabrochaba botón a botón. Al

llegar al final, la abrazó por la cintura.

El susurro de la seda al rozar con el satén sonó sensual y provocador. Lentamente, deslizó el vestido por sus hombros y posó los labios sobre su piel desnuda. Luego, en un movimiento sutil fue despojando todo su cuerpo del largo vestido que caía lentamente al suelo.

Nerviosamente, salió del círculo de tela que había formado a sus pies.

Ford se inclinó para recogerlo y ella buscó inmediatamente una percha. Antes de volverse, dudó y se ruborizó. Pero finalmente, se obligó a girar y juntos colgaron el vestido.

Sin la densa tela del traje entre ellos, el color carmesí de sus mejillas se hizo aún más intenso. Alzó los ojos tímidamente y se encontró con el fuego intenso del deseo de él.

—No voy a poder resistirme si seguimos con esto, así que será mejor que me vaya y te prepares para ir a la cama.

Su repentina austeridad le resultó dura, pero el fuego que alimentaba su mirada mientras la observaba de arriba abajo era, de algún modo, un tributo a su feminidad.

Parecía estar haciendo un gran esfuerzo para que las cosas fueran despacio y era patente que no le resultaba fácil.

—De acuerdo —dijo ella, en un susurro frágil que ocultaba un temor y una excitación casi insoportables.

Ford se inclinó sobre ella para un rápido beso, salió del vestidor y cerró la puerta. Rena se llevó las manos frías a las mejillas ardientes, como único remedio contra las lágrimas. Se sentía frustrada, y agonizaba por aquella maldita ignorancia. No sabía qué debía hacer.

Capítulo 6

Rena buscó el pijama de satén azul que había comprado para la ocasión, salió del vestidor y se metió directamente al baño, donde se duchó. En cuanto acabó, se secó el pelo, se vistió y se puso la bata a juego. Se ató con fuerza el cinturón y dudó antes de salir de nuevo a la habitación.

Ford no sólo tenía buenas intenciones, sino que actuaba en consecuencia. Pero… ¿y qué había de las intenciones de ella? Si seguía mostrándose tan esquiva e incómoda, acabaría por insultarlo.

Era una completa novata en muchos temas y, particularmente, en el sexual. Pero si mantenía a Ford alejado hasta sentirse completamente tranquila, quizás él jamás llegaría a tener una esposa de verdad.

No había nada anormal o extraño en que una mujer tuviera relaciones sexuales con su esposo. Así que, si él quería que hicieran el amor aquella misma noche, ella no se resistiría.

La decisión le provocó un cierto pánico, pero el temor venía atemperado por su curiosidad femenina. El problema era que una vida de temores y dolorosa timidez le dificultaba dejarse llevar.

Cuando llegó a la habitación Ford ya estaba en la cama, sentado y con la espalda apoyada en el cabecero. La sábana sólo le cubría hasta la cintura.

Rena había visto torsos de hombres desnudos con anterioridad, pero habían sido los de los vaqueros que trabajaban para ella.

Aquella imagen de Ford era deslumbrante distinta y el corazón se le aceleró. Sin duda, él se había duchado en el otro baño, porque

tenía el pelo mojado.

La miró y sonrió.

—Está usted realmente bonita, señora Harlow.

—Gracias —dijo ella, y reconoció, no sin frustración, el placer que le proporcionaban sus palabras.

Ford estaba francamente *sexy*, ése era el calificativo adecuado para describirlo. Pero la cobardía la estaba reteniendo. ¿Acaso no acababa de decidir que iba dejarse llevar?

Él la siguió con la mirada hasta que llegó a la cama. Entonces, apartó las sábanas y ella se metió dentro.

Él la cubrió de nuevo y aprovechó para besarla y tomarla en sus brazos.

El beso carnal que siguió a continuación la instó secretamente a aproximarse a él, a sentir la sólida definición de su cuerpo musculoso y la calidez de su piel masculina. No podía dejar de tocarlo.

Él se apartó y la miró.

—Me gusta sentir tus manos, Rena.

Lentamente, deslizó la palma por debajo del pijama de ella. Rena trató de no tensarse ante la repentina intromisión. La feroz intensidad de la mirada de Ford era difícil de mantener, así que cerró los ojos.

Se inclinó sobre ella y la besó dulcemente en los labios.

—Estás a salvo hoy, amor mío.

El tono afectuoso de su voz la emocionó. Abrió los ojos pero no se encontró con la mirada de él. A pesar de que la paciencia de Ford la tranquilizaba, también hacía que se sintiera más culpable.

—No soy demasiado sofisticada —dijo ella, sabiendo que él se tomaría el comentario como la petición de disculpas que pretendía ser.

—Estoy plenamente satisfecho con mi elección —respondió él y ella lo miró—. Hay muchas cosas más importantes que la sofisticación para mí. La mutua confianza es una de ellas. Y también que el sexo sea más de lo que podría ser esta noche.

Rena sintió mucha ternura y le acarició el pecho llena de afecto.

—Gracias —le dijo con la voz entrecortada y llena de emoción.

Ford le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Necesitamos dormir —se inclinó sobre ella y la besó.

Pero, demasiado pronto, se apartó y se dio la vuelta para apagar la luz.

Se tumbó y se volvió hacia ella una vez más.

—¿Te gusta ese lado de la cama?

—Me da igual.

Nunca antes había compartido una cama, así que no tenía preferencia alguna.

Ford recostó la cabeza sobre la almohada y se acercó a ella. La sensación de calor de su cuerpo tendido a su lado fue sorprendentemente reconfortante. La alienación y soledad que había sentido a lo largo de casi toda su vida habían desaparecido.

La confianza era importante para Ford, y también quería que el sexo fuera más de lo que habría sido aquella noche. Sus sentimientos por él empezaban a crecer y a hacerse cada vez más fuerte. La tensión de su cuerpo iba desapareciendo al pensar en todo lo sucedido aquellos últimos días.

La intensidad de las emociones todavía la desconcertaba, pero una pequeña parte de ella empezaba a creer que, a pesar de los oscuros motivos iniciales de aquel trato, había puesto en marcha, sin querer, algo maravilloso.

En silencio y relajada, escuchó la rítmica respiración de Ford y se acomodó en la cálida y acogedora sensación que le ofrecía su cuerpo, hasta caer en un sueño pacífico y reparador.

* * *

Al despertarse al día siguiente, se sorprendió al sentir que Ford la estaba abrazando. Ella tenía la cabeza apoyada en su hombro y la mano sobre el pecho. Se sentía tan bien y tan natural en aquella postura, que se relajó un rato más.

Normalmente, se habría levantado de la cama nada más despertarse, pero la novedosa sensación de estar en brazos de aquel hombre y la calma profunda que sentía la instó a saborear semejantes placeres un rato más. Se sentía más cerca de Ford de lo que se había sentido de nadie desde la muerte de su tía.

Pronto él se despertaría y la miraría con aquellos ojos intensos y perceptivos y la reserva y el autocontrol que regían la vida de Rena

volverían a tomar las riendas. Una vez más, tendría que soportar la tensión de cuidar de cada acto y cada palabra, en busca de lo adecuado para cada instante.

Cerró los ojos y trató de aprovechar la momentánea calma unos minutos más. Allí, tumbada a su lado mientras él dormía, podía sentirse cercana a él y segura, pues nada ni nadie la ponía a prueba.

Un ligero cambió en la respiración de Ford le anunció que se estaba despertando. Cuidadosamente se apartó de él y se levantó de la cama. Luego sacó su ropa interior del cajón y se metió en el baño.

Se maquilló ligeramente, mucho más rápido ya gracias a la práctica que había adquirido en los últimos días. En cuanto acabó, se metió en el vestidor y buscó algo que ponerse.

La habitación estaba en silencio cuando regresó, así que la atravesó silenciosamente y se acercó al sillón junto al que había dejado las botas. Acababa de sentarse cuando Ford se incorporó ligeramente.

—Pareces una niña a la que sus amigos la hubieran incitado a entrar en una mansión embrujada. En el momento en que sale de ella y habiendo demostrado que no es una gallina, corre como una loca hasta su casa —el tono jocoso de su gesto hizo que se ruborizara. Él sonrió y continuó antes de que ella pudiera elaborar una respuesta—. Zelly, seguramente, habrá dejado una bandeja con café y algunas tazas fuera.

Rena agradeció que no fuera más allá con la pequeña analogía que acababa de hacer. Dejó la bota que tenía en la mano a un lado y salió a buscar la bandeja. Fue una agradable sorpresa encontrársela allí, pues no estaba a acostumbrada a detalles como aquél.

La llevó hasta la mesilla de Ford y sirvió el café en las tazas. Él aprovechó para sentarse en la cama y apoyar la espalda sobre el cabecero. Le indicó con la mano que se sentara a su lado.

—¿Hay algo especial que quieras hacer hoy? —le preguntó él una vez hubo tomado el primer sorbo de café—. Todavía estamos a tiempo de escaparnos de luna de miel a algún lugar idílico.

Lo que ella quería realmente era pasar el día en el rancho, haciendo algo que supiera hacer. Estaba acostumbrada a estar al aire libre desde el amanecer hasta el anochecer, y lo había echado

de menos aquellos días.

—¿Qué quieres hacer tú? —Ella respondió con una pregunta.

—Yo te lo he preguntado antes.

Al ver la expresión de su rostro, Rena llegó a la conclusión de que, tal vez, él ya lo sabía.

—Creo que tú lo sabes —respondió tímidamente.

Ford dejó la taza medio vacía en la bandeja.

—Eso ha sonado a una insinuación, señora Harlow. Ese misterioso comentario me ha puesto alerta —el humor de Ford le resultaba realmente atractivo. Rena no pudo evitar sonreír. Él la miró fijamente—. Me temo que esta vez voy a tener que buscarme algún método especial para poder adivinar qué quieres. Quizás una bola mágica sea la solución. ¿Has visto alguna por aquí?

Era una pregunta tonta que volvió a provocarle a Rena una sonrisa. Él le tomó la mano izquierda.

—Aquí está —dijo él, quitándole el anillo de diamantes. Se puso a mirar fijamente la piedra, fingiendo leer algo—. Creo que empiezo a entrever lo que quieres hacer hoy. Veo a una mujer hambrienta y a su esposo sentados ante un enorme desayuno. También veo caballos y a la esposa montando.

Al levantar el rostro, Ford se encontró con la mirada de Rena que lo observaba hipnotizada. Era curioso ver a un hombre rudo como Ford jugando con aquella ficticia bola de cristal.

—Ahora los veo a los dos montando juntos y no parece que tengan intención alguna de trabajar.

La miró y levantó las cejas esperando una confirmación. Ella respondió con una carcajada y dejó la taza en la bandeja.

—Eres un gran adivinador. ¿Te gustaría hacer lo mismo?

Él le lanzó una mirada pícara.

—No. Lo que a mí me gustaría sería pasar todo el día con mi esposa en este dormitorio. Pero la opción de ir a montar a caballo también me gusta, y supongo que tú necesitas salir de entre estas cuatro paredes.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. ¿A qué he adivinado tus deseos?

—Con todo lujo de detalles —respondió ella con una sonrisa.

—Ahora es su turno, señora Harlow. ¿Qué cree que me gustaría hacer ahora?

Rena sintió el rubor en las mejillas. Sabía que quería besarla y estaba retándola para que lo dijera.

De pronto se impacientó consigo misma. ¿Cuánto coraje necesitaba para contarle lo que pensaba? Le gustaba el juego que él había planteado y si ella no colaboraba podía estropearlo.

—Creo… —comenzó a decir. La frase salió como un susurro—. Creo que quieres besarme.

Ford levantó las cejas.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo ella, cada vez más relajada. Acababa de vencerle una pequeña batalla a la timidez.

La sonrisa de Ford se desvaneció y la miró muy serio.

—Entonces, dame un beso, Rena.

Ella lo miró desconcertada. Ford había tomado la iniciativa de cada beso y cada tacto. Su experiencia era casi nula comparada con la de él. Al ver que dudaba, él intervino.

—Sé lo que estás pensando, porque es lo mismo que pienso yo. ¿Se apartará? ¿Le gustará o no? ¿Puedo besarla de tal modo que consiga que quiera más?

Las palabras de Ford la sorprendieron. Jamás se habría imaginado que él se preocupara por cosas así. La mirada de vulnerabilidad que captó en sus ojos fue otra sorpresa más. Siendo tan fuerte y tan seguro de sí, jamás habría pensado que podría hacerle daño, sabía que podía enfurecerlo u ofenderlo, pero no herirlo.

Sus palabras suplicantes hicieron que se arrepintiera de haber dudado.

—¿Quieres besarme?

—Sí, claro que quiero —le susurró ella.

Lentamente, se inclinó sobre él.

Ford no hizo ni tan siquiera amago de acercarse a ella. Se quedó inmóvil. Su pasividad hizo que dudara cuando sólo estaba a unos centímetros de sus labios. Lo que había dicho sobre sus propios pensamientos repercutió en sus sentimientos por él. Así que, finalmente, rozó sus labios contra los de Ford.

Lo que comenzó como un pequeño beso se convirtió en una serie de ellos. La deleitable sensación la incitó a posar la mano sobre su mejilla y a acercarse a él.

Necesitaba darle más, provocarle el mismo placer que él le provocaba sólo con sus besos, demostrarle cuánto agradecía aquella muestra tan infrecuente de afecto. Todo aquello la ayudó a vencer su timidez.

Ford tomó las riendas finalmente, y rodó con ella hasta el centro de la cama. La tenía debajo, pero la fiereza de sus besos no concluyó hasta que los dos se quedaron sin respiración.

—Eso sí que ha sido un beso, señora Harlow —levantó la cara y sonrió—. Estoy empezando a pensar que le gusto un poco.

Le resultaba difícil saber si realmente había llegado a suponer lo contrario o si solamente estaba bromeando. Pero algo en su mirada parecía decir que hablaba en serio.

Ella respondió de inmediato.

—Por supuesto que me gustas.

—A mí también me gustas tú —dijo él con una sonrisa que se transformó en una expresión de seriedad—. Me gustas mucho mucho. Tanto que, si no nos levantamos de la cama ahora mismo, voy a acabar desnudándote.

El comentario le arrancó a Rena otra carcajada.

La sonrisa de Ford regresó.

—Me gusta su risa, señora Harlow —acto seguido, se levantó de la cama de un solo impulso, en un gesto muy masculino que deslumbró a Rena—. Si quieres, puedes bajar a decirle a Zelly que ya vamos a desayunar —hizo una pausa para besarla—. Llevaré la bandeja en cuanto me vista.

Rena salió de la habitación y bajó las escaleras complacida con aquella aproximación que había surgido entre ellos, sorprendida ante una sensación de felicidad tan profunda que hacía que sonriera sin cesar.

* * *

Pasaron el día juntos, sintiendo el viento y el sol. La sensación de volver a estar a caballo era muy agradable.

Pero Ford se negó a que hicieran nada que pareciera trabajo. Se dedicaron sobre todo a cabalgar por las posesiones del rancho Harlow, mientras él le indicaba los nombres con que sus hombres

reconocían las diversas zonas. La propiedad era tan grande que hacían falta varios días a caballo para recorrerla.

Por la tarde, después de comer, fueron a la oficina para organizar algunos papeles. Pronto se dio cuenta de que Ford quería que ella se familiarizara con todo lo relativo al rancho.

Por la noche, se la llevó a San Antonio para cenar y luego al cine. Cuando regresaron a casa ya era muy tarde.

Rena no había estado antes en el cine ni en el teatro, pero le daba vergüenza confesárselo a Ford. Ya bastante había tenido con llevar vestido y medias toda la noche. Aunque hacían que se sintiera más femenina, eran demasiado frágiles, y se notaba extraña enseñando las piernas.

Pero la reacción de Ford ante su apariencia había hecho que valiera la pena el sacrificio.

Prepararse para la cama era otra nueva hazaña emocional. Por muy relajada y cercana a él que se hubiera sentido, aquellas sensaciones no eran lo suficientemente fuertes como para que la ansiedad desapareciera.

Ford hizo que se olvidara de todas sus preocupaciones con su primer beso. Después, se atrevió un poco más que la noche anterior, explorando su cuerpo por debajo del pijama hasta hacerla gemir de placer.

Pero se detuvo, la tomó en sus brazos y le dio las buenas noches.

Ella permaneció despierta durante un buen rato, frustrada y confusa, sin saber si debía decirle que quizás podría ir más allá cuando no estaba convencida de ello. Finalmente se quedó dormida, pero no sin antes prometerse a sí misma que lograría, de algún modo, vencer sus miedos y conseguir que las cosas fueran diferentes la próxima vez.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, se dirigieron a los establos, porque el semental necesitaba ejercicio y Rena le había pedido si podía ver cómo lo sacaban.

Pero el caballo se mostró especialmente rebelde durante todo el camino desde el establo hasta el corral. Al preguntarle a Ford si podía ayudar, éste respondió bruscamente que no.

Rena se sintió realmente desconcertada ante su negativa, pues nunca antes nadie, ni siquiera su padre, le había negado la posibilidad de trabajar con un caballo difícil.

El rechazo automático de Ford había herido su orgullo y provocándole un inesperado resentimiento. Trató de no tomárselo en cuenta porque Ford había dejado claro con anterioridad que la consideraba buena con los caballos. Pero dada su gran experiencia le resultaba aún más difícil no tomárselo como una ofensa. Por otro lado, él conocía al semental mejor que nadie y quizás supiera que el animal era más peligroso de lo que parecía.

Después de ver una y otra vez los vanos intentos de los hombres de meter al animal en el corral, preguntó por segunda vez.

—Es demasiado peligroso para ti —respondió él.

Aquellas palabras asestaron otro duro golpe a su orgullo. Ford ya la había visto calmar a ese mismo animal hacía sólo unos días.

Rena había trabajado con al menos dos caballos realmente endemoniados a lo largo de su vida y, por lo que veía, el semental no era de los peores. Simplemente, era un caballo que había sido mal educado, y se había acostumbrado a hacer lo que le venía en

gana. Pero de haber querido hacerle daño a alguien, no le cabía duda de que era capaz de mucho más de lo que hacía.

Una de las ventajas que tenía como mujer era que los caballos la veían de modo diferente. La curiosidad era, a menudo, una baza con la que jugar para ganarse su atención.

El método Monte Roberts, más suave y humano, era el que ella utilizaba, y era infalible incluso con los caballos más salvajes. Tenía una gran curiosidad de ver cómo reaccionaría aquél en particular.

Al fin lograron meter al semental en el corral, pero los vaqueros seguían sin poder hacerse con él. El arrogante caballo daba vueltas, evitando a los hombres que trataban de reducirlo. Uno de los vaqueros agarró un lazo. Rena se volvió hacia Ford en aquel instante.

—Déjame intentarlo —le exigió en un tono ligeramente rudo.

El rostro de Ford continuó inalterable.

—¿Es que tienes algún problema para entender la palabra «no»?

Rena se dio cuenta de lo poco que había visto de aquella faceta de Ford en los últimos días. Había llegado a pensar que a ella jamás la trataría con tanta dureza. Aquélla era una desagradable sorpresa.

—Sé muy bien lo que hago.

—No se trata de eso —la miró como si el tema estuviera zanjado.

Poseída por una ira que la sorprendía incluso más que la reacción de él, insistió una vez más.

—A menos que tus hombres se puedan sentir ofendidos, quiero intentarlo con ese semental.

La oscura mirada de Ford se centró en ella.

Había rabia y sorpresa en sus ojos.

—No quiero que te acerques a ese caballo.

—He trabajado con caballos mucho más…

—He dicho que no.

La sentencia fue definitiva y Ford la puntualizó avanzando ligeramente y dándole la espalda. Acto seguido apoyó el brazo en la valla del corral.

Rena no daba crédito. Miraba su amplia espalda y sus hombros fornidos. Era tan indomable como el semental. Su cabezonería era un desagradable descubrimiento.

Aquella negativa encendió la rabia que Rena raramente sacaba.

Durante días se había sentido ignorante e inadecuada, había tratado de adaptarse a un nuevo modo de vida, aprendiendo a maquillarse, comprándose vestidos, relacionándose en una vida social que jamás antes había tenido. Una de las pocas cosas en las que se sentía segura y competente era con los caballos. Pero Ford la había infravalorado con su total negativa a dejar que se encargara de aquél. La estaba tratando como a una niña. Se sentía furiosa.

El semental seguía dando vueltas y retando a los vaqueros. Un hombre más había llegado junto al corral y le había pasado una cuerda a otro que estaba en el interior.

El lazo voló hacia la cabeza del caballo y entró limpiamente hasta rodear el cuello del animal. La cuerda impacientó más a la bestia, que empezó a dar coces y a luchar ferozmente.

Rena se sintió indignada, al ver tanta pérdida de tiempo y esfuerzo inútil de todos aquellos hombres.

Estaba demasiado furiosa con Ford como para quedarse y mirar. Por lo que había visto, iba a prohibirle hacer cualquier cosa que fuera peligrosa, lo que implicaba que la apartaría del trabajo en el rancho, que era su vida.

Después de todo, parecía que lo que él quería era una esposa de las que esperaban en casa a que su marido regresara después de un duro día de trabajo. A pesar de haber dicho que quería una mujer a la que le gustara el rancho, puede que, en realidad, prefiriera alguien más femenino: una esposa a la que llevar a restaurantes y cines, y con la que bailar en los clubes, alguien que cabalgara con él y lo ayudara en el trabajo de oficina, pero que no se acercara al trabajo de los hombres.

Mientras se encaminaba hacia la casa, se decía que, probablemente, eso no fuera así, que estaba reaccionando muy mal. Pero se sentía insultada y, probablemente, lo que más le dolía era que él no hubiera querido dar su brazo a torcer.

Era la misma actitud intransigente de su padre. La crueldad y dureza de Abner le había dolido tanto siempre, que cualquier signo de esa actitud en otro hombre le resultaba demasiado doloroso y frustrante.

Una vez en la casa, subió las escaleras y se metió en el baño. Estaba llorosa y herida. Se acercó al lavabo y se lavó la cara, sin importarle el maquillaje.

Llorando desconsoladamente, recordó la escena con Ford, su «no» rotundo y aquel desprecio con que le había dado la espalda.

El terror de casarse con un extraño no tenía nada que ver con el temor al sexo, sino con el miedo a sufrir un rechazo como el de su padre.

Acababa de ver una faceta de Ford que ella había temido desde el principio. Lo ocurrido en el corral parecía profético. El modo en que le había hablado, sin permitirle a Rena que expusiera sus razones, limitándose a darse la vuelta sin querer escuchar más, le dio motivos más que suficientes para temer lo peor.

Debilitada por el llanto, se refrescó una vez más el rostro con agua y apoyó los codos en el lavabo, mientras dejaba que las lágrimas corrieran por su rostro.

Después de unos minutos, se mojó impacientemente la cara y buscó la toalla con los ojos cerrados.

Sus dedos se encontraron con el paño seco mucho más cerca de lo que esperaba. Confusa, abrió los ojos y descubrió que era la mano de Ford la que se lo estaba ofreciendo. Mortificada porque la había descubierto llorando, agarró la toalla y la presionó con fuerza contra su rostro húmedo.

—Pensé que estaba sola —dijo ella—. Había cerrado la puerta.

—Y yo la he abierto.

Ford no parecía sentir ningún remordimiento por aquella invasión de su intimidad. Su actitud la enfureció aún más.

—Después de todo, creo que es bueno que estés aquí. Necesitamos hablar sobre cómo van a ser las cosas —a pesar de que su voz sonó calmada, había en ella una dureza y una firmeza de las que se sintió orgullosa.

—Puede que sí —respondió él también con calma—. Pero deberíamos hacerlo en un lugar que no fuera el baño.

Rena se pasó la toalla por la cara una vez más.

—El baño es perfecto porque va a ser una conversación muy breve. Yo he trabajado con animales grandes toda mi vida y creo que soy buena en mi trabajo. No estoy dispuesta a que nadie me diga que me tengo que quedar en un rincón como una frágil florecilla mientras los hombres hacen las labores del rancho —hizo una pausa—. Ni siquiera tú.

Después de una vida entera de silencio, le resultaba difícil estar

allí, delante de Ford, diciendo lo que pensaba.

Estaba aterrorizada de lo que intuía podía ocurrir. Podría llegar a enamorarse aún más de él y temía desesperadamente que rechazara aquel amor y le diera la espalda. Prefería que la despreciara en aquel instante, antes de que se enamorara de él más de lo que estaba.

«Amor». Se dio cuenta de lo que significaba esa palabra. Durante días había tratado de no nombrar precisamente aquel sentimiento, porque expresarlo con tal claridad le resultaba alarmante.

Él la miró con rabia.

—Tú harás lo que yo crea conveniente que hagas.

Rena negó con la cabeza.

—No soy ninguna niña. He vivido con un tirano toda mi vida, y no pienso vivir con otro.

—Mala suerte.

Las palabras cortantes la enfurecieron aún más.

—Yo decidiré lo que es peligroso para mí y lo que no lo es. Ese semental será peligroso sólo hasta que alguien lo eduque.

—Ese semental será siempre peligroso.

—Todos los caballos pueden serlo. ¿Me vas a impedir que me acerque a todos los caballos? ¿Y a las vacas? También pueden resultar peligrosas. He trabajado en un rancho toda mi vida y he logrado sobrevivir.

Ford la miró con dureza. Estaba realmente enfadado, pero aquella furia la incitaba a ella continuar.

—No estoy dispuesta a ser el tipo de esposa que se dedica a decorar la casa o a ir de compras, y a esperar a que la saquen a cenar. Si querías un florero, te has equivocado de persona.

—¿Has acabado ya?

—¿Me has escuchado? —preguntó ella con rabia.

Él sonrió irónico.

—Por supuesto que la he escuchado, señora Harlow. Y le pido disculpas. No era mi intención herirla.

Ella se quedó sorprendida de escuchar una disculpa que no esperaba.

—Pero sigues enfadado —dijo ella.

—Sí, claro que sigo enfadado —gruñó él—. Tengo una esposa que realmente me importa y quiere hacer trabajos peligrosos.

—He trabajado con caballos peligrosos antes.

—Lo sé. Pero yo no tenía que verlo.

—Me viste el otro día.

El frunció el ceño.

—Sí, así es. Y lo que vi fue a una mujer más temeraria de lo que mis nervios pueden soportar.

Ella agitó la cabeza.

—Sé lo que hago, Ford. ¡No soy ninguna estúpida!

—Sé que tienes experiencia y sé que no eres una estúpida.

Ella levantó la barbilla.

—Pero la respuesta sigue siendo «no».

—Hoy lo es. No digo que sea un «no» para siempre. Pero no puedo cambiar mi opinión tan de repente.

—Me estás tratando como a una niña. Vivimos en un rancho. ¿Qué ocurrirá cuando tengamos hijos?

—Tengamos un par de ellos y lo veremos.

El comentario la desconcertó. El fuego que vio en sus ojos tenía un significado totalmente diferente al de momentos antes.

Ford se quitó el sombrero y lo dejó sobre la encimera, cerca de la toalla. Después de tanta rabia, era extraño verlo moverse de un modo tan lento. La miró de arriba abajo y ella tuvo la sensación de que era grande y poderoso. Se sentía pequeña y débil a su lado.

La furia se había transformado en una sensualidad que iba alterando sus sentidos femeninos de un modo que le resultaba difícil comprender y que la dejaba sin respiración.

La miró de nuevo y se generó una intensa carga sexual entre ellos. La discusión se había transformado en algo mucho más volátil y ella no entendía por qué.

Ford la observaba lleno de deseo y ella sintió una extraña debilidad. No sabía a dónde iba a conducirlos aquello.

—Será mejor que hablemos del semental en otro momento.

Rena asintió sin dejar de mirarlo.

—Bien.

Se encaminó hacia la puerta, pero él la sujetó del brazo y ella notó su calor.

—Te deseo, Rena, bajo la luz del sol.

Ella se puso a temblar.

—Pero… pero estamos discutiendo.

—Ya no. Y la disculpa que te he pedido ha sido sincera. Lo último que quiero es hacerte daño.

«Tengo una esposa que realmente me importa». Aquellas palabras mágicas resonaron en su mente. Ninguno de los dos había dicho la palabra «amor». Pero, de pronto, su petición le parecía demasiado seria como para considerar la posibilidad de una negativa.

Ford vio cómo sus mejillas se ruborizaban una vez más. No podía explicarle por qué le había prohibido trabajar con el caballo, pues las palabras no parecían suficientemente aclaratorias. Pero realmente sentía haberla ofendido.

De pronto, necesitaba desesperadamente hacerla suya. Ford se dio cuenta de que la fuerza que lo movía de vencer sus reservas era algún instinto muy primario que lo impulsaba a tomar posesión de su esposa. No podía dejarla escapar.

La noche anterior había puesto a prueba su autocontrol y se había dado cuenta de que no sería capaz de resistir una noche más. Lo único que podría detenerlo en aquel momento sería la palabra «no».

—Te deseo —le dijo, incapaz de encontrar ninguna expresión más elegante.

Por respeto a la virginal sensibilidad de Rena, él había esperado que la primera vez hubiera sucedido de noche. La había retratado con su pijama de satén azul, y había imaginado cómo se lo quitaba lentamente. No pensaba que ocurría a plena luz del día y con su ropa de trabajo.

Pero el vínculo que tenía con Rena le parecía demasiado tenue e insustancial, y la urgencia de poseerla hacía que olvidara todo principio sobre cómo había de ser la primera vez. No importaba que estuviera casada con él, sabía que aún no se la había ganado. Tenía la sensación de que podía escapársele fácilmente y eso lo impulsaba a luchar por ella.

El sentido común le decía que, una vez que hubieran hecho el amor, ya no podría marcharse. Era el único modo de sellar la promesa que se habían hecho el uno al otro en la iglesia, y el modo de dar un comienzo fáctico a su matrimonio.

Ella lo miró y él notó su preocupación. Estaba temblando. Aprovechó la ocasión para inclinarse sobre ella. El suave beso que

le dio hizo que se relajara.

Rena trató de resistirse a la dulzura de sus labios, pero él se volvió completamente hacia ella y no pudo evitar abrazarlo.

Ford la tomó en sus brazos y la condujo al dormitorio, sin romper el beso hasta que no la depositó en la, cama.

Ella se incorporó para mirarlo y vio cómo se quitaba la bota. Tenía un perfil perfectamente tallado y en el calor de su mirada halló de todo menos furia. Él se movió lentamente hacia ella, sin apartar la mirada de su rostrt5. Su tácita aceptación lo incitó a quitarle primero una bota y luego la otra. Ella cerró los ojos y oyó cómo su calzado golpeaba el suelo.

Rena trataba de racionalizar aquella situación, pero no podía. No le gustaba lo que había ocurrido entre ellos hacía un momento.

La necesidad de buscar alguna seguridad, le hizo desafiarse a sí misma y a su miedo a la sexualidad.

Amaba a Ford y estaba casada con él. Y, por primera vez en su vida, no quería pensar en nada más que en eso. No quería hacer balance de las consecuencias, o plantearse si lo único que él sentía por ella era deseo.

No era un hombre cruel ni egoísta. Y, la verdad era que, en aquel momento, le daba igual si la amaba o si algún día llegaría a hacerlo, porque en cualquier caso no tenía fuerzas suficientes para rechazarlo.

Ford se acostó junto a ella y le acarició la mejilla. Segundos después, sus labios ya estaban posados sobre los de Rena y se movían con maestría.

Le desabrochó el primer botón de la camisa y deslizó su beso hasta el cuello. Ella se quedó sin aliento al ver que se encaminaba al escote. Pronto sintió que le desabrochaba el resto.

Lentamente, continuó creando un sendero de besos, explorando cuidadosamente su cuerpo, hasta lograr cortocircuitar todos sus miedos y tomar el control.

Rena se perdió en un denso océano de sensualidad del que no quería salir. Su mente no buscaba nada, sólo importaba su cuerpo que ansiaba cada vez más un alivio para tantas sensaciones desconocidas.

Poco a poco, fue notando cómo le quitaba toda la ropa y sus sentidos se iban nutriendo del cálido tacto de la piel de Ford. El

pequeño dolor que sintió fue momentáneo y quedó olvidado en el torrente de sensaciones que la poseyó con una fuerza única, y que la dejó impregnada del más increíble sentimiento de plenitud que había experimentado jamás.

Después de aquello, se quedó plácidamente dormida en brazos de Ford.

Tras un corto intervalo, él se despertó, consciente de que era la hora de comer. Cuando ella abrió los ojos, se levantó automáticamente, y sólo entonces se dio cuenta de su desnudez. Avergonzada miró de inmediato al armario, donde estaba su bata, pero sin atreverse a ir por ella.

Ford se rió de su incertidumbre y le dio un suave y dulce beso, que no fue más que una breve distracción antes de lo que tenía dispuesto.

Una vez más, la tomó en sus brazos y la llevó a la ducha, sin dejar de devorarla con la mirada. Abrió el agua y ella trató de esconder su desnudez, tímida, ruborizada.

Él sonrió.

Su modestia no sobrevivió a la ducha. Después del baño, él la secó con una gran toalla y esperó a que ella hiciera lo mismo. En ese momento, Rena se dio cuenta de hasta qué punto había desaparecido la tensión entre ellos. Se sentía cómoda y feliz con él.

Le sonrió, tomó la toalla que él le ofrecía y comenzó a secarlo, riéndose al descubrir que tenía cosquillas. Jamás en su vida había tenido una sensación semejante de compenetración y cercanía con un humano. La soledad y la alienación que había sentido durante toda su vida había desaparecido y la oscura nube que había oscurecido sus días se había disipado.

Capítulo 8

Los días siguientes fueron los mejores de la vida de Rena. El sentimiento de amistad que los unía era hermoso y emocionante. Ford tenía un punto de vista muy sano sobre las cosas y eso hacía que la vida con él fuera muy diferente a la que ella había conocido hasta entonces.

¿Cómo había podido sobrevivir tanto tiempo al inhumano trato de su padre? ¿Cómo había podido soportar aquella presión durante tanto tiempo?

Ford, además, había cambiado de opinión respecto a lo del semental y, tal y como ella había esperado, el animal había respondido positivamente a su método de enseñanza. Ford no dejaba de observarla mientras lo educaba en el corral. Finalmente, logró colocarle una silla y unas riendas, demostrando así que no era un caballo realmente peligroso.

Los dos concluyeron que el equino necesitaba un duro trabajo y decidieron compartir la tarea, lo que se convirtió en otro punto de encuentro.

La vida social que nunca antes había tenido comenzó la noche que asistieron a la barbacoa de Jenny Sharpe. La velada resultó tan agradable que Rena aceptó gustosa las muchas invitaciones que vinieron después. Jenny, además, la invitó a salir con su círculo de amigas, y Rena se divirtió mucho yendo de compras con todas ellas.

La relación entre Ford y ella era cada vez más profunda, pero había algo que a Rena la preocupaba y que le impedía bajar la guardia: Ford no le había dicho aún que la quería.

Emocionada con tanta novedad y diversión, trataba de mantener a raya su miedo al desastre. No obstante, en los últimos días, había percibido cierta reticencia por parte de Ford y eso la había obligado a apartarse un poco de él.

Un día, justo cuando se disponían a salir de la casa después de la comida, Rena recibió una llamada de Frank Casey.

—Señora, tenemos un problema aquí. Es su padre —el capataz del rancho parecía realmente preocupado.

—¿Qué sucede? —había hablado con su padre sólo un par de veces desde la boda. Como le había dejado claro que tenía poco que decirle, había optado por no volver a llamarlo.

—Lleva encerrado en la casa dos días. No permite que nadie entre y ya sabe cómo se pone. Al principio pensamos que había sido porque el ama de llaves se había marchado, pero ahora mismo está en la parte de arriba armando mucho jaleo y no suena nada bien. Pensé que debía decírselo.

—¿Myra se ha ido?

—Sí, señora. Nos contó que su padre se había dedicado a sacar todo de los armarios y los cajones y ella decidió que ya había llegado la hora de trabajar en otro sitio.

Myra había sido siempre una mujer muy silenciosa que hacía caso omiso de cuanto no fuera trabajo. Ella y Abner se soportaban sólo porque se evitaban. Era realmente sorprendente que se hubiera marchado.

Rena miró a Ford que acababa de entrar en la cocina.

—Iré enseguida —le dijo a Frank Casey.

Estaba a punto de colgar cuando Frank dijo algo.

—Antes de que venga, me gustaría avisarla de que hay un cartel que dice «Se vende» en la puerta. Debió de ponerlo ayer por la mañana.

A Rena se le partió el corazón. Su padre había firmado un contrato por el que le garantizaba la herencia del rancho Lambert. Pero vender la propiedad era el mejor modo de librarse de su responsabilidad, pues así no incumpliría ningún contrato.

Sintió un dolor profundo y amargo. Una ira antigua la poseyó ante aquella nueva muestra de desprecio por parte de su padre.

¿Qué le importaba a ella que se hubiera marchado el ama de llaves y que su comportamiento fuera aún más enfermizo? Dentro

de ella se libraba una silenciosa batalla entre la obligación y la amargura.

Pero, a pesar de cómo la había tratado y seguía haciéndolo, era su padre. Y quizás había llegado el momento de enfrentarse a él definitivamente.

—No te preocupes —dijo ella—. Por favor, espérame a la entrada.

Nada más colgar, Ford la miró interrogante. Ella sonrió para tranquilizarlo.

—Necesito ir a ver a mi padre. No tardaré —las palabras salieron demasiado deprisa, como aceleradas.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó él en un tono calmado, pero no exento de cierta alarma.

Ella volvió a sonreír, tratando de relajar la situación.

—Preferiría ir sola —y añadió—. Si no te importa.

Aunque trató de que fuera una negativa suave, se dio cuenta de que había sonado ligeramente brusca. Notó en la mirada de Ford cierto dolor y, la sospecha que había tenido durante días de que él estaba decepcionado, se hizo repentinamente más fuerte.

Había tratado de hacer las cosas lo mejor que podía, pero no había sido suficiente y no veía el modo de cambiar. Quizás aquella insatisfacción que notaba en él no haría sino crecer.

Lo que más le dolía era saber con qué era lo que no le complacía y tener la certeza de que jamás lo podría hacerlo bien.

Su padre no había sido capaz de amarla y, tal vez, Ford estaba empezando a sentir aquel mismo rechazo. Porque, por mucho que hubieran intimado o se hubieran acercado, su esposo no había sido capaz aún de pronunciar la palabra amor.

Rena sabía sus propios motivos para no poder decirla en alto, pero sólo encontraba una razón para justificar el silencio de él.

De pronto, empezó a emocionarse de tal modo que tuvo que buscar el modo de salir de allí a toda prisa.

—Necesito marcharme —acto seguido fue por su bolso.

Comprobó que tenía todo lo necesario y volvió a la cocina para salir por la puerta de atrás, pasando sin detenerse por delante de su esposo.

Hasta que no estuvo en la carretera no se dio cuenta de que no le había dado a Ford un beso de despedida.

* * *

Aunque ya sabía que se iba a encontrar el cartel de «Se vende» al llegar a la casa, no por eso dejó de entristecerla. Rena abrió la verja y condujo hacia la casa. Cuando ya estaba cerca, vio que Frank Casey salía de los establos. Como estaba más cerca de la puerta trasera, detuvo el coche allí.

—Siento todo esto, señora. ¿Quiere que pase con usted?

Rena miró a la casa.

—Quizás sería conveniente que entraras conmigo hasta que vea cómo están las cosas.

Lo que no dijo es que quería tener un testigo. Su padre tenía ideas extrañas y no sabía qué sería lo que contaría después de su visita. No le gustaba poner a Frank en una situación conflictiva, pero lo necesitaba.

Juntos, se encaminaron hacia el porche de la parte de atrás, luego abrieron la puerta y entraron.

La cocina estaba hecha un desastre, llena de platos sucios, muchos de ellos rotos. Casi todos los armarios estaban abiertos y parte de su contenido yacía, entero o roto, en el suelo.

Rena miró inquieta a Frank, que parecía preocupado. Juntos pasaron al recibidor. El estado de la casa fue otra desagradable sorpresa. Había una lámpara despedazada en el suelo, que parecía haber sido lanzada previamente contra la pared, y varios cajones habían sido vaciados. La pequeña mesa de café había recibido una patada y, con ella, había sido lanzada al suelo otra lámpara. Las puertas de los armarios estaban abiertas y el contenido de los estantes había sido desparramado por todas partes de la habitación.

Encontraron al padre de Rena en el estudio que le servía de oficina. Había sacado todas las revistas y los libros y los había tirado al suelo. Las cajas del ático también estaban allí. Una de ellas había sido vaciada y dejada sobre la mesa.

Las fotografías de la caja de zapatos estaban en el escritorio esparcidas arbitrariamente sobre un montón de papeles. Una botella de *whisky* medio vacía emergía de un cajón abierto. Toda la habitación olía a alcohol.

Su padre tenía los brazos sobre la mesa y encima la cabeza.

Roncaba ruidosamente.

Rena miró a Frank que parecía consternado. Ninguno de los dos dijo nada. Rena se aproximó al escritorio y extendió la mano dispuesta a despertar a su padre. Pero antes de tocarlo, una fotografía captó su atención.

La agarró de inmediato. Había visto ya antes imágenes de su madre, así que la reconoció de inmediato, pero no sabía quién era el bebé vestido de rosa que la mujer sujetaba orgullosamente ante la cámara. Rena volvió la foto y leyó lo que ponía detrás.

Una desagradable presión le oprimió el pecho al pasar cuidadosamente por cada palabra: *Cissy y Rena con un mes*.

La voz de Frank irrumpió en el pesado silencio.

—¿Señora? ¿Qué quiere que haga? ¿Intento despertarlo?

Una vez más la frase resonó en la mente de Rena: «Cissy y Rena con un mes».

Se sintió mareada y tuvo que apoyarse sobre el escritorio. Tardó unos segundos en asimilar su pregunta, pero él se aproximó antes de darle tiempo a responder.

—Señora, ¿está bien?

Ella no respondía y Frank la tomó del codo para sujetarla y llamar su atención.

—¿Quiere que llamé al señor Harlow? —le preguntó preocupado —. ¿Señora?

Rena trató de respirar e hizo un tremendo esfuerzo por elaborar una respuesta.

—Estoy… estoy bien.

«Cissy y Rena con un mes».

Poseída por la desesperación, se apartó de Frank y agarró un puñado de fotos. Una a una fue viendo que eran de su madre y de ella de bebé en diferentes etapas de desarrollo.

La imagen de la misma niña sentada en su trona brindaba además la de una gran tarta de cumpleaños con una vela que indicaba un año de edad. En ella, su madre posaba a un lado, mientras al otro estaba su tía Irene.

Su tía Irene era la hermana de su padre, la misma que había vivido con ellos hasta que Rena tenía ocho años y la había defendido contra él. Y esa misma tía había sabido siempre que su madre no había muerto en el parto, pero lo había mantenido en

secreto y había permitido que creyera la mentira de su padre.

Sintió una rabia infinita. La única persona en la que había confiado también la había traicionado, haciéndole padecer un tortuoso remordimiento durante toda su infancia.

Abner se removió en aquel instante y ella se volvió. Él deslizó el brazo, lanzando una montaña de papeles al suelo.

Alzó los ojos sanguinolentos y la vio.

Farfulló malamente unas palabras incomprensibles.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Rena tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse. Sólo con verlo era fácil darse cuenta de que seguía borracho, así que no tenía sentido enfrentarse a él hasta que estuviera sobrio. Ella dejó las fotos sobre la mesa.

—He venido a…

—Si quieres verla, tendrás que volver a casa —dijo él con dificultad—. Te lo he dicho un millón de veces.

Lo que intuyó podía significar aquella frase la desconcertó.

—¿Quién?

—¿Que quién? —Ladró él y luego trató de levantarse de la silla. Incapaz de coordinar sus movimientos, volvió a dejarse caer. Su rostro estaba amoratado por la rabia—. ¿Quién? Esa maldita niña que tratabas de esconder de mí. Sé que es a ella a quien has venido a buscar. Tú te la llevaste y yo la encontré. Ahora, si la quieres, tendrás que volver a casa.

Abner movió bruscamente su brazo izquierdo, lanzando al suelo las fotos que había sobre la mesa. Al hacerlo, giró bruscamente la silla y tuvo que agarrarse con firmeza al respaldo para no caer al suelo.

Frank se apresuró a acercarse a él para sujetarlo y evitar un desastre. El anciano miró de un lado a otro, confuso e incapaz de mantener la vista en un punto.

Rena observó que el lado izquierdo del rostro de su padre había perdido su fuerza muscular y que el brazo también colgaba mortecino. Abner trataba de hablar, pero las palabras eran ininteligibles.

Frank miró a Rena mientras lo sujetaba para que no se cayera.

—Tenemos que llamar a una ambulancia.

Rena buscó el teléfono entre los miles de objetos que había en el

escritorio y llamó a urgencias. Luego fue por una manta y cubrió a su padre.

En cuanto llegaron los enfermeros, metieron al anciano en la ambulancia y Rena los siguió en su coche.

Todavía consternada por las fotos y lo que significaban, hizo todo el camino hasta el hospital casi por inercia. Una vez allí, corrió al lugar al que llevaban a su padre. Nada más llegar, un médico confirmó lo que los enfermeros ya sabían: que Abner había muerto en la ambulancia.

* * *

Cuando Ford llegó, Rena estaba saliendo del hospital. No vio su coche hasta que lo tuvo delante. Él se bajó y le abrió la puerta para que se subiera.

Rena dudó, como si temiera meterse dentro. Finalmente se sentó en el asiento del copiloto, se puso el cinturón y cerró la puerta sin pensar.

El se inclinó sobre ella y le pasó el brazo por los hombros.

—Lo siento, cariño.

Ella bajó los ojos preocupada.

—Yo… yo no estoy segura de sentirlo. Me noto… vacía.

Ford sabía que se sentía culpable y le tomó la mano.

—Era un hombre difícil. Te será más fácil conciliar tus sentimientos cuando superes el *shock*.

—Me gustaría volver a Lambert.

Ford la besó en la mejilla, se incorporó y puso rumbo al rancho.

* * *

Rena no quería que Ford viera el estado en que su padre había dejado la casa. Pero su obsesión por los papeles y las fotos la empujó a dirigirse sin demora hacia allí.

Le sugirió educadamente que no hacía falta que fuera, pero él insistió. Aunque su preocupación por ella no hacía sino incrementar

su amor por Ford, le avergonzaba que viera el desastre.

Por suerte, al entrar, él se limitó a mirar de un lado a otro sin hacer comentario alguno.

Estuvo a su lado durante todo el recorrido por la casa, buscando atentamente daños que pudieran provocar un fuego.

La parte de arriba y el ático estaban tan revueltos como la parte de abajo. Era evidente que su padre no sólo había estado furioso al hacer todo aquello, sino que, además, buscaba algo.

Al bajar, se dirigieron al estudio.

—Me gustaría mirar una serie de cosas —dijo ella, con la esperanza de que él decidiera volver a Harlow y poderse quedar a solas unas horas.

—Muy bien. Mientras tú haces eso, yo recogeré los cristales que hay por la cocina.

—No hace falta. Ya lo limpiaré yo.

Él sonrió.

—Puedes ayudarme más tarde. Tenemos un par de horas antes de cenar. ¿Tendrás suficiente tiempo?

Ella miró al escritorio.

—Espero que sí.

Lo miró para ver cuál era su respuesta.

—Siempre podemos regresar, Rena.

Ella asintió.

—Hay una escoba en el armario de abajo. A menos que también la haya sacado de su sitio.

—La encontraré —sus miradas se cruzaron durante unos segundos, antes de que él saliera de allí.

Rena se puso entonces a organizar los papeles y las fotos y a apilarlas.

Luego se sentó a revisar hoja por hoja.

Al principio, oía a Ford abajo, recogiéndolo todo. Pero según fue concentrándose y descubriendo ciertos papeles legales y algunos de un investigador privado, fue olvidándose de lo que ocurría abajo.

* * *

Abner Lambert se había casado ya mayor con una joven llamada

Cissy Cates. Llevaban casados poco más de un año cuando nació Rena. Pero el matrimonio ya debía ser difícil, porque cuando Rena tenía sólo seis meses, Cissy había agarrado a su bebé y se había marchado de casa.

Los informes del investigador indicaban que Abner había estado persiguiendo a su mujer.

Las últimas palabras que su padre le había dicho a Rena estando borracho, justo antes de morir, debieron ser las mismas que en algún momento le había dicho a su madre.

Las cartas que encontró junto con los demás papeles eran la evidencia de que había utilizado al bebé para chantajear a su esposa.

Cada una de las doce cartas escritas por Cissy para Abner eran el testimonio de una madre dolida a la que no permitían ver a su hija.

En los documentos que había visto quedaba también claro que Cissy no había tenía dinero para pagar un divorcio justo y pelear por la custodia de su hija.

Al fondo de una caja de zapatos, Rena descubrió un recorte de periódico en el que aparecía la noticia del accidente de coche que le había costado la vida a su madre y del que tanto Rena como su padre habían salido ilesos.

Todo cuanto leía le daba cuenta del trato salvaje y cruel que aquel hombre había infringido a su esposa.

No le extrañaba que su padre le hubiera impedido relacionarse con otras personas, previniendo así el que obtuviera información no deseada. Una niña tímida y solitaria jamás podría descubrir que la mentira que la culpaba de la muerte de su madre no era más que eso.

También era posible que en la retorcida mente de Abner, el nacimiento de Rena fuera la causa última de la huida y, por tanto, de la pérdida de su mujer.

Por lo que se desprendía de las cartas, Abner había embravecido desde el principio de celos por el cariño que Cissy le profesaba a su hija. Después de la muerte de su esposa, Abner se había visto atrapado con una niña a la que detestaba y que no podía ya utilizar.

El trato inhumano que había recibido de él tenía, finalmente, una explicación.

Atormentada y dolida, Rena fue metiendo las fotografías en una

caja. Luego se ocupó de los papeles y las cartas.

Agotada, apoyó la espalda sobre el respaldo de la silla y vio que Ford entraba en aquel momento.

—¿Estás bien?

En aquella ocasión no asintió como habría sido costumbre, sino que negó con la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

Habría deseado en aquel instante haber tenido el valor de contarle el por qué de su rabia y de su dolor. Ojalá no hubiera habido tanto odio en su vida.

Miró el desastre que los rodeaba. Aquella casa había sido su hogar tiempo atrás y ya era su herencia. Sin embargo, y aunque la había deseado durante toda su vida, después de todo lo que había descubierto sobre su padre y el engaño de su tía Irene, veía Lambert solo como algo oscuro y maligno.

De pronto sintió una urgente necesidad de volver a Harlow, donde todo estaba lleno de color, energía y luz. El rancho Harlow era un reino benévolo, un hermoso lugar repleto de belleza y paz, donde reinaban la amabilidad y el sentido común.

Miró a Ford y vio en sus ojos la calmada paciencia del que está dispuesto a esperar. Su mirada contrastaba con la deleznable escena de aquella habitación destrozada y que era la representación de todo lo enfermo y destructivo de su vida pasada. No quería llevarse nada de aquel sentimiento a Harlow.

Pero al agacharse por una de las cajas, se preguntó si eso sería posible, o si estaba condenada a arrastrar aquel legado como una pesada cadena durante el resto de sus días.

Ford le sujetó la caja antes de conducirla lejos de aquella habitación.

Al pasar por la cocina y ver que estaba recogida se emocionó. Ford se había encargado de poner orden también allí.

En cuanto salieron de la casa, ella le dio las gracias. Él la tomó de la cintura y juntos caminaron hacia el coche.

Capítulo 9

Aquella noche, Rena le contó a Ford todo lo que había descubierto sobre su madre y su tía. Luego le confesó que no quería celebrar ningún funeral por su padre, lo que debió sorprenderlo. A pesar de ello no dio muestra alguna de asombro y se limitó a aconsejarle que durmiera.

Fue una buena sugerencia, porque, al día siguiente, después de una azarosa noche de sueños inquietos, Rena cambió de opinión. Un pequeño servicio por el alma de su padre sería suficiente, y no supondría una negativa total a darle cierto descanso a su alma, ni tampoco el acto de hipocresía que habría supuesto una gran misa.

Rena se avergonzó de haber sentido tanto odio como para haber estado a punto de negarle un funeral. Aquél era el tipo de impulsos que durante toda su vida había movido a su padre. Se horrorizó ante su propia reacción.

Fueron a hablar con el párroco de la zona y organizaron una pequeña ceremonia a pie de tumba, después, se encaminaron hacia el bufete del abogado de Abner Lambert. Éste los ayudó a clarificar el testamento y se comprometió a encargarse de todo el papeleo necesario para su herencia.

Pero, al finalizar las gestiones, la inquietud que Rena sentía se agudizó.

—Necesito ir a Lambert para decidir qué voy a hacer con las cosas de mi padre —dijo ella en el camino de vuelta al rancho.

Estaba impaciente por organizar la casa y era un trabajo que podía llevarle días.

Ford la observó unos segundos y luego asintió. Parecía distante.

Ella no había querido reconocerlo la noche anterior, pero ya no podía negar la evidencia.

Le daba la sensación de que se estaba pensando las cosas, reconsiderando si había cometido un error casándose con ella, y a Rena le dolía.

Bajó los ojos.

—Probablemente no terminaré hasta muy tarde, así que no hace falta que Zelly haga comida para mí.

—¿Tienes prisa?

—Me molesta que la casa esté así.

No quería confiarle cuáles eran todas sus preocupaciones. Ella se quedó en silencio y él también. Cuando llegaron al rancho L4mbert, él le tomó la mano antes de que se bajara.

—¿Necesitas ayuda?

Le agradecía la oferta, pero necesitaba pasar algún tiempo sola.

—Quizás más adelante.

Rena no supo interpretar su gesto. La opaca profundidad de su mirada no parecía decir nada y ella sintió un extraño dolor. Se había levantado una barrera entre ellos. La insatisfacción de Ford se había convertido en algo más, y la incapacidad de Rena para solucionar los problemas le provocaba pánico. Tenía la impresión de que, de algún modo, lo había perdido y eso la desesperaba.

Quizás ella le había confesado demasiadas cosas la noche anterior, quizás su imagen de ella se había corrompido. Pero ¿qué podía hacer cuando realmente se sentía corrupta? No tenía el valor suficiente para preguntárselo, temerosa de lo que pudiera responder.

En silencio, se bajó del coche y se encaminó hacia la casa, sin volver la vista atrás.

* * *

Rena terminó de ordenar la cocina y luego continuó con la parte de abajo, recogiendo y tirando todo aquello de lo que debía haberse desprendido tiempo atrás. Volvió a colocar en su sitio las pocas cosas que sobrevivieron a la hecatombe.

Luego se encaminó al dormitorio de su padre. Quitó las sábanas de la cama y sacó la ropa del armario, seleccionando lo que todavía estaba en buen uso para donarlo a la caridad. Abner tenía muy pocos objetos personales, así que la decisión de qué hacer con todo aquello era muy sencilla.

Rena realizó la actividad con frialdad y distancia, como si fuera parte de una rutina diaria y eso hacía que sintiera un profundo remordimiento.

Al terminar, llevó la ropa abajo y la apiló junto a la puerta. Luego se acercaría a la ciudad para comprar cajas.

Cuando llegó la hora de organizar el estudio estaba ya muy cansada. Pero, decidida a clarificar todo aquello, decidió continuar. Rena no se dio cuenta de que el sol se había puesto hasta que no oyó a Ford entrando por la puerta de atrás. Acababa de meter una pila de revistas en una caja, cuando lo vio aparecer.

—Has avanzado un montón.

—Sí —respondió ella suavemente.

—¿Nos vamos ya a casa?

La expresión «a casa» hizo que el corazón le diera un vuelco. Se dio cuenta de que estaba ansiosa por marcharse de allí y por volver a Harlow. Pero la mirada sombría de Ford hizo que, una vez más, sintiera su distancia.

Ya en Harlow, Rena se dio una larga y cálida ducha con mucho jabón. Necesitaba quitarse de encima la desagradable sensación que tenía. Se sentía contaminada por aquella ansiada herencia que, finalmente, había recibido, pero que representaba una pesada carga en lugar de una satisfacción.

Rena salió de la ducha y se envolvió en una toalla. Luego se secó el pelo y se puso el pijama.

Al salir, se encontró con que Ford le había traído un sándwich y un vaso de leche fría en una bandeja.

Ford ya estaba en la cama hojeando una revista.

Ella se sentó al borde de la cama dispuesta a intentar comer algo. Ford dejó a un lado la revista y la miró.

—Gracias por el sándwich. —Rena levantó el plato y se lo ofreció—. ¿Quieres la mitad?

Su respuesta fue un «no» casi inaudible. Ella volvió a dejar el plato en la bandeja y se obligó a sí misma a darle un bocado al pan.

Después de tragarse con dificultad el trozo, dejó el sándwich de vuelta en el plato.

—¿No tienes hambre?

—Lo siento —respondió ella mecánicamente.

—Todavía estás en estado de *shock* —dijo Ford.

Ella sintió un ligero alivio. Si él comprendía aquello, entonces, quizás, no le había parecido mal que hubiera necesitado trabajar ella sola.

Prácticamente no se habían separado desde el día de la boda, y le intranquilizaba que aquella nueva actitud fuera una ofensa para él.

—¿Sigues preocupada por lo del funeral? —le preguntó él.

Era consciente de su desánimo, pero no había acertado con la causa. Llevaba semanas sintiéndose extraña.

—No —respondió ella—. En todo caso, me siento culpable.

—¿Porqué?

Ella se arrepintió inmediatamente de aquella pequeña confesión. No obstante, quizás aquélla era una oportunidad para acortar la distancia que se había creado entre ellos.

—Porque me parece escaso no tener nada más que un pequeño servicio al pie de su tumba.

Ford negó ligeramente con la cabeza.

—El párroco sabrá hacer una ceremonia digna.

—Entonces, ¿a ti te parece bien? —se atrevió a preguntar ella. Necesitaba saberlo.

—No me parece ni bien ni mal, Rena. Es la única opción —le tomó la mano—. ¿Qué se podría haber dicho en una gran misa? Unas palabras al aire libre son más adecuadas para un hombre que vivía también al aire libre.

Rena notó en su mirada que estaba siendo sincero. Una vez más se sintió aliviada.

—Gracias —le dijo con labios temblorosos, mientras hacía un claro esfuerzo por no llorar. Pero las lágrimas trataban de salir, así que se puso de pie y agarró la bandeja—. Voy a bajar esto.

—Yo lo haré —dijo él levantándose—. Anda, métete en la cama.

Rena trataba desesperadamente de controlar el llanto. Lo que Ford le había dicho sobre el funeral le quitaba un peso de encima. Pero sus emociones estaban a flor de piel.

Se quitó la bata y se metió en la cama. En cuanto Ford volvió, se acostó y apagó la luz.

Tal y como había hecho la noche anterior, se volvió hacia ella y la tomó en sus brazos. Al sentir el reconfortante abrazo, las lágrimas volvieron a querer surgir. Ford no le había hecho el amor la noche anterior y parecía que tampoco iba a hacérselo aquélla, y eso no hacía sino incrementar su sensación de inseguridad.

Desde el encuentro en el hospital, había habido muy poco contacto físico entre ellos y le desconcertó darse cuenta de que no lo había notado hasta entonces.

Eso no hacía sino enfatizar la distancia que había surgido entre ellos.

Rena se preguntó si aquella actitud era una muestra de respeto por parte de Ford o, sencillamente, una prueba de su insatisfacción.

Atormentada y cansada, se quedó en la cama despierta durante un largo rato, hasta que el agotamiento la condujo a un sueño inquieto.

* * *

La ceremonia que tuvo lugar ante la tumba de Abner Lambert dos días más tarde transcurrió sin problemas. Todos los empleados de ambos ranchos acudieron al cementerio. También se presentó Jenny Sharpe y algunas de sus amigas, lo que emocionó profundamente a Rena.

La tumba lucía hermosa decorada con ramos y coronas de flores.

Cuando el servicio terminó, todos se encaminaron a Harlow para comer, pero Rena y Ford se quedaron unos minutos después de que todo el mundo se marchara.

A pesar de que la ceremonia había sido perfecta, Rena no podía dejar de sentirse culpable por su incapacidad de derramar una sola lágrima sobre la tumba de su padre.

Se había negado, además, a enterrarlo junto a su madre, y había preferido que le atribuyeran un espacio en la parte más nueva. Ella jamás antes había estado en aquel cementerio, porque su padre se lo había prohibido.

Siempre había pensado que era porque él no soportaba el dolor

de ver la tumba, pero la verdad era mucho más cruel. De haber visto la fecha de la muerte de su madre, habría sabido inmediatamente que no había sido en el parto.

Se alejó de Ford y se encaminó hacia la parte más antigua del cementerio. Tardó unos minutos en localizar la tumba de su madre. Cuando llegó allí, dejó el ramo de rosas que había llevado en la mano durante el funeral de su padre.

La paz del lugar la instó a quedarse allí unos minutos, mientras el sol la iluminaba y el canto de los pájaros hacía del lugar un escenario sorprendentemente agradable.

Al cabo de un rato, regresó junto a Ford que estaba esperándola pacientemente. Ninguno de los dos dijo nada mientras caminaban hacia el coche, ni tampoco de camino al rancho Harlow. Eso aumentó aún más la preocupación de Rena respecto a la distancia que había entre ambos.

En cuanto los invitados se marcharon de la casa, Ford se encaminó a su estudio y ella aprovechó para subir a su habitación y cambiarse el vestido y los tacones por unos vaqueros y una camiseta. Quería volver al rancho Lambert para seguir poniendo la casa en orden.

Acababa de bajar cuando Ford salió del estudio. Su oscura mirada se centró en el bolso de ella.

—¿Te vas?

Rena notó un tono arisco.

—Pensaba ir a Lambert.

—Preferiría que te quedaras aquí —dijo él con impaciencia.

—Quiero terminar de recoger.

Ford hizo un gran esfuerzo por controlarse y respondió con mucha más suavidad.

—De acuerdo. ¿Cuándo crees que acabarás?

—Pronto.

Se hizo un silencio pesado y ella no comprendió por qué. Pero la extraña sensación la obligó a explicarse.

—Me sentiré mejor cuando todo vuelva a estar en su sitio. Además, necesito hablar con Frank.

—Nadie espera que vayas a trabajar hoy, Rena. Has estado esforzándote demasiado últimamente.

—Hay muchas cosas que hacer.

—Sobre todo si te empeñas en hacerlas sola —una vez más notó un cierto tono de desaprobación—. ¿Por qué no me dejas que vaya contigo?

Había en su mirada una dureza cortante e hiriente que le resultaba dolorosa.

—Necesito hacer esto… necesito… pensar —dijo con voz temblorosa e impotente.

No podía poner en palabras la urgente necesidad que sentía de ordenar su pasado y poder así organizar sus sentimientos.

Y Ford era una distracción porque parte de lo que necesitaba encontrar era el sentido de aquel matrimonio con él. No podía decirle claramente todo aquello, porque supondría herir sus sentimientos, por eso prefería arriesgarse a ser blanco de su ira.

—De acuerdo, Rena —dijo él—. Te doy hoy y dos días más. Pero después de eso, tenemos que hablar.

Aquel tono frío y tajante le provocó a Rena un vuelco en el corazón.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió ella.

Se quedaron allí de pie en silencio durante unos minutos, hasta que ella apartó la mirada.

Sin decir nada más, se encaminó hacia la puerta, sintiendo otro nuevo dolor porque Ford no la había detenido para darle un beso.

Ya no intercambiaban ni tan siquiera un beso casual, lo cual le resultaba tremendamente significativo.

Rena trabajó hasta tarde aquella noche. Cuando regresó a Harlow y entró en el dormitorio, Ford ya estaba en la cama, leyendo. Se duchó rápidamente y se puso el pijama. Luego se acostó.

Ford dejó su libro en la mesilla.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien —respondió ella—. Puede que tarde menos de dos días en terminar.

—Mejor.

Después de aquello, él apagó la luz, se tumbó y la rodeó con sus brazos, pero sin acercársela como había hecho cada noche desde la boda. Aquel gesto también le pareció significativo.

Sintió un profundo e inquietante vacío y se puso a pensar en cuál había sido el momento exacto en que aquel distanciamiento se

había hecho patente.

Tras recordar paso a paso lo acaecido en los últimos días, se dio cuenta de que había empezado con la primera llamada de Frank para informarla del extraño comportamiento de su padre.

Rena recordó que le había negado a Ford rápidamente la posibilidad de ir con ella. También había sido ella la que había marcado, a partir de aquel momento, una distancia física. Además, no había sido ella, sino Frank el que lo había llamado para informarle de la muerte de Abner.

Luego, al llegar al hospital, se la había encontrado absorta y confusa por su reciente descubrimiento y en estado de *shock* por la repentina muerte del anciano. Prácticamente, había ignorado a Ford por completo.

Más tarde, después de contarle los secretos de su familia, le había confesado que no quería celebrar funeral alguno por el alma de su padre. Quizás eso le había hecho descubrir una deleznable faceta de su tímida esposa que no le agradaba. Puede que, a aquellas alturas, ya tuviera serias dudas sobre el tipo de persona que ella podía llegar a ser.

De pronto, un extraño impulso la instaba a aclarar todo aquello. Se volvió hacia él. Ford le había dicho siempre que no se callaría la verdad, pero Rena se dio cuenta de que hacía falta mucho coraje para oírla.

Levantó la mano dispuesta a acariciarle la mejilla, pero no pudo.

—Buenas noches —le susurró y apartó los dedos de su rostro sin llegar a rozarlo.

Ford le tomó la mano y se inclinó sobre ella, besándole suavemente la mejilla antes de abrazarla con más fuerza.

—Buenas noches.

La tensión entre ellos disminuyó temporalmente.

Pero, a pesar del agotamiento, permaneció allí tendida, consciente de que Ford seguía despierto.

El hecho de que los dos yacieran allí en silencio no hacía sino incrementar la distancia. Ella no podía dejar de pensar que, de no ser porque Ford había querido un trozo de tierra, no habrían estado en la misma cama como marido y mujer.

Si nada de aquello hubiera ocurrido, su recluida vida habría continuado tal cual. Su padre habría muerto igualmente y ella

podría haber heredado o no el rancho.

De cualquier forma, no podía negar que, si su padre no hubiera aceptado el trato, Ford se habría casado con otra mujer.

Ella habría vivido eternamente solitaria durante años, porque Ford Harlow jamás se habría dignado a acercarse a su tímida y huraña vecina.

La triste realidad cayó como una pesada carga sobre su corazón.

Se apretó un poco más contra él, tratando de aprovechar la que, tal vez, fuera la última oportunidad que tendría de dormir a su lado.

Capítulo 10

Como no podía dormir, Rena se levantó de la cama con las primeras luces del alba y se vistió silenciosamente. A pesar de sus intentos de no hacer ruido, Ford se despertó antes de que ella se hubiera puesto las botas. Ninguno de los dos dijo nada hasta que ella no se dispuso a bajar.

—Voy abajo —dijo, y salió de la habitación. Durante el desayuno estuvieron igualmente callados.

Pero, cuando Rena se levantó para marcharse, Ford apenas la miró, y ella sintió una inesperada indignación.

Aquél era el mismo hombre que, hacía sólo unas semanas, le había ofrecido una rosa junto a la promesa de ser eternamente sincero con ella. Gracias a él, había empezado a cambiar su visión de ella misma. Pero, de pronto, parecía haberse cansado de tanto esfuerzo.

—¿Te estás pensando si lo que has hecho ha sido una decisión acertada?

La pregunta salió de su boca antes de que pudiera analizar las consecuencias. El extraño estado de ánimo en el que se encontraba había alimentado su intransigencia, macerada por un agudo dolor.

Ford la miró.

—No estoy precisamente contento en este instante.

—¿Ya te has cansado de mí?

Él se apoyó sobre el respaldo de la silla y la observó.

—Puede que esté perdiendo la paciencia —dijo él bruscamente y añadió en un tono de voz grave—. Pero si crees que te voy a dejar

ir, prepárate para una larga espera.

La dureza de aquellas palabras y su contradictorio significado le llegaron muy dentro. El brillo de su mirada contrastaba con la firmeza de su gesto y la desconcertaba.

—El plazo que te di de dos días más no fue arbitrario. Hoy es el primero.

—¿Me estás diciendo…?

—Lo que tenga que decir puede esperar hasta mañana —señaló la salida—. Creo que será mejor que te vayas.

Ella lo miró durante unos segundos. No entendía nada. Acababa de decir que no la iba a dejar ir y eso le daba esperanzas. Pero no quería hablar con ella hasta el día siguiente por la noche.

Su confusión debió hacerse patente porque él intervino.

—De acuerdo, señora Harlow, quiero que organice su cabeza respecto a lo de su padre y luego piense sobre su vida actual y dónde encajo yo en todo eso.

Atónita pero aliviada, Rena bajó las escaleras del porche y se encaminó hacia su camioneta.

* * *

Frank Casey y sus hijos eran gente trabajadora y honrada. Pero lo que más admiraba Rena de Frank era el cariño que le tenía a sus hijos.

Beau tenía veinte años y Bobby veintidós y Frank, que había enviudado cuando eran pequeños, había tenido que criarlos solo. La casa y el sueldo que sacaban en el rancho Lambert habían sido suficientes para darles a los chicos un hogar. Rena sabía que llevaban años ahorrando con la esperanza de llegar a comprarse su propia tierra.

Cuando llegó al rancho, Frank se acercó a recibirla. Los chicos iban detrás de él y ella los observó mientras detenía el vehículo.

Beau llegó junto a su padre y le quitó el sombrero. Bobby pronto se acercó y lo recuperó, volviéndoselo a poner gentilmente a su padre en la cabeza.

Frank se no y se lo sujetó para evitar que se lo volvieran a quitar.

Ese tipo de juegos era frecuente entre ellos, pues los tres tenían buen carácter y se llevaban bien entre sí. Los hijos idolatraban a Frank y él estaba muy orgulloso de ellos.

Rena había admirado siempre aquella camaradería y se quedó unos minutos observándolos antes de salir de la camioneta.

Frank se acercó para darle parte de cómo había planificado el día y ella le dio las gracias antes de encaminarse hacia la casa.

En el momento en que entró, de nuevo aquel desconcertante sentimiento de tristeza se apoderó de ella. Dejó el bolso junto a la puerta y se adentró en aquellas habitaciones que habían quedado empapadas por toda la tristeza del pasado. Aunque las cosas de su padre estaban dispuestas para ser donadas a la beneficencia, todavía notaba su presencia allí. Después de haber presenciado las muestras de cariño entre Frank y sus hijos, las heridas se hacían más dolorosas.

Ya había terminado la mayor parte del trabajo que tenía que hacer. Quizás, como le había dicho a Ford, no necesitaba dos días más: Pero al recorrer la casa, reconsideró su apreciación.

Rena paseó por la parte de abajo y se sentó en las escaleras durante unos minutos. Se dio cuenta de que su odio por la casa no era sino un odio hacia lo que representaba. Pero, realmente, no era la construcción la culpable de aquel sentimiento. En realidad, era un lugar amplio y bien construido, adecuado para criar a muchos niños, aunque no sabía de ningún Lambert que hubiera tenido muchos niños.

Se sentó allí, y trató de imaginarse todo aquello con un aspecto diferente. Quizás, pintando las paredes de colores pastel y cambiando los muebles y las alfombras el lugar tendría un espíritu distinto. Podría también renovar los baños.

La decisión de remodelar la casa hizo que, de repente, la opresiva sensación que tenía desapareciera. Rena se levantó y se dirigió al ático. Trabajó allí hasta perder la noción del tiempo y, cuanto más hacía, más segura se sentía de que la decisión que había tomado era la adecuada.

De pronto, empezaron a encajar las piezas en lo que respectaba a su padre y a su tía. Era razonable considerar que su padre había sido un enfermo mental y, muy probablemente, su tía Irene había mantenido el secreto sobre Cissy porque la había amenazado.

Recordaba cómo Abner gritaba con frecuencia a Irene, dejándole claro que vivía en el rancho porque era de su misma sangre y no tenía otro lugar al que ir. La mujer cocinaba y limpiaba para Abner y para Rena, pero su hermano no le tenía ningún aprecio.

Se preguntó cómo habrían sido sus abuelos para haber dado como fruto un hombre como Abner y una hermana que dependía de alguien así.

Pero la única verdad presente era que ella era la última Lambert que quedaba.

De pronto, tuvo la sensación de que el pasado había quedado atrás, y de que podía tener un futuro que valiera la pena y eso le levantó el ánimo. Eso la hizo pensar en Ford. ¿Qué le depararía el futuro estando a su lado? ¿Tenía alguna posibilidad de llegar a ser feliz, o estaba condenada a seguir cometiendo errores hasta acabar por estropearlo todo?

Sabía que había hecho las cosas mal y que ésa era la causa del distanciamiento que sufrían. Ansiaba poder solucionar todo aquello. Sin embargo, ni siquiera sabía cómo podría evitar volver a repetir los mismos fallos.

Al menos Ford le había dejado claro que estaba dispuesto a darle una oportunidad.

«Puede que esté perdiendo la paciencia. Pero si crees que te voy a dejar ir, prepárate para una larga espera».

Recordó sus palabras con agrado, pero no sin temor. Que Ford tuviera buenas intenciones no era garantía de que pudiera seguirlas. Era un hombre de palabra pero ¿podría llegar a decepcionarlo hasta el punto de no poder cumplirla? Quizás jamás podría llegar a amarla.

Rena trató de dejar sus preocupaciones a un lado, pero no podía. Por eso agradeció que llegara la hora de la comida para poder irse al comedor con los vaqueros del rancho.

Después, estuvo hablando con Frank y sus hijos y les hizo una propuesta que aceptaron gustosos.

Metieron las cajas en la camioneta de Rena y ésta se encaminó a la ciudad. Tras dejar todo en la iglesia, fue a comprar pintura y los aparejos necesarios para la remodelación de la casa, y volvió al rancho.

Frank y sus hijos ya habían empezado a prepararlo todo para el

trabajo. En cuanto descargaron la camioneta, Rena se encaminó al rancho Harlow llena de temor y excitación.

* * *

Eran casi las tres y media cuando ella llegó a Harlow. Zelly le dijo que Ford estaba en la oficina organizando algunos papeles, así que Rena le pidió que mantuviera en secreto su regreso.

Se quitó las botas y subió rápidamente para darse una ducha. Después de eso, se maquilló y entró en el vestidor para decidir qué ponerse.

Todavía no había estrenado el vestido rosa de verano que se había comprado con Jenny y sus amigas, así que lo descolgó y lo miró. La tela era suave y femenina, y los finos tirantes que sujetaban el ajustado cuerpo lo hacían sensual.

Su instinto le decía que a Ford le iba a gustar. Y si era capaz de admirar el vestido y el esfuerzo que había hecho por agradarle, entonces, quizás, sería más fácil romper la distancia que se había creado.

Rena se miró en el espejo y recordó que Ford le había dado dos días. Consideró durante un momento la conveniencia de esperar, pero estaba impaciente. Echaba de menos el afecto que habían compartido hasta entonces.

Aunque no tenía garantías de que aquel intento obtuviera sus frutos, no podía esperar más.

Se puso el vestido y decidió no ponerse zapatos. A Ford le gustaba verla descalza.

Respiró profundamente, salió de la habitación y bajó las escaleras.

Ante la puerta abierta de la oficina, esperó a que él terminara su conversación telefónica.

Dio con los nudillos suavemente en el marco de la puerta para llamar su atención y se aproximó hasta su escritorio.

Ford la miró de arriba abajo devorándola con los ojos. Aquella mirada la animó.

—Bonito vestido —comentó él, mirando fijamente el escote.

Rena se ruborizó. Sin duda a Ford no le había pasado

desapercibido que no llevaba sujetador.

—Te había dado dos días —dijo él.

Rena se acercó un poco más.

—Lo sé. Pero ya he terminado, al menos hasta que Frank decida hacerle nuevos arreglos a la casa.

—¿Cuándo será eso?

Ella tenía la sensación de que el principal foco de Ford seguía siendo su cuerpo.

—Tardarán un tiempo en pintarlo todo. —Rena respiró profundamente—. Les he ofrecido a Frank y a sus hijos que vivan en la casa. Así, Linc Fuller podrá trasladarse al rancho con su mujer, si quiere. Podrán quedarse donde vive ahora Frank.

La mirada de Ford dijo claramente que entendía lo que todo aquello significaba. El levantó las cejas.

—Parece que ya has quemado todos los puentes.

Eso era, exactamente, lo que había hecho. Si las cosas no funcionaban entre Ford y ella, no tendría dónde ir a menos que se comprara un tráiler, pues no podría soportar el coste de construirse una casa aquel año.

Pero, pasara lo que pasara, había decidido intentarlo con Ford y tratar de cambiar.

Finalmente encontró el valor suficiente para responder.

—Me vas a tener aquí… mucho tiempo.

La expresión de Ford no cambió, aunque notó un brillo especial en su mirada.

—¿Mucho tiempo? —dijo en un tono liviano.

Rena trató de responder con la misma intención.

—Me gusta esto. Me gustaría… me gustaría quedarme.

Si le daba otra oportunidad, trataría de aprender a jugar como él.

—Según he oído eres una buena trabajadora —dijo Ford—. Pero yo tengo suficiente gente aquí. ¿Qué otra razón podrías darme para quedarte?

Su voz sonó suave y amable pero ella sabía que, debajo del juego había una parte de verdad en su pregunta. Finalmente, encontró el valor suficiente para sincerarse.

—¿Tienes por aquí suficiente gente que… que te ama? —preguntó con voz temblorosa.

Contuvo la respiración al ver la llama que incendiaba los ojos de Ford.

—No —respondió él—. Creo que no.

Había mucha tensión, pero ella estaba decidida a seguir y a hacer su confesión más clara aún.

—Pienso que, si me quedo —dijo, tratando de vencer su timidez —, seré capaz de amarte tanto que no vas a necesitar que nadie más se ocupe de eso.

El fuego de la mirada de Ford se hizo más intenso.

—Cuando contrato a alguien para un trabajo, generalmente me gusta ver primero cómo lo desempeñan —hizo una pausa—. Ven aquí.

Rena dio la vuelta al escritorio con las piernas temblorosas. Ford giró la silla y la miró de frente. Lenta y seductoramente esbozó una sensual sonrisa.

—Espero sinceramente que se aproveche usted de mí, señora Harlow —dijo él, y la distancia emocional que había entre ellos se desvaneció—. Porque me va a tener que resarcir por estos cinco días de carencia.

Ford le tendió la mano para que venciera la timidez y Rena le ofreció la suya y se sentó en su regazo. Se abrazó a él, mientras éste le acariciaba suavemente las piernas desnudas.

La respuesta de Rena fue inmediata y se inclinó sobre él para besarlo apasionadamente. Aunque Ford ya le había dado la bienvenida, ella era consciente de que, tal vez, aquél fuera el beso más importante de su vida.

Segundos más tardes, Ford tomó las riendas y pronto los dos comenzaron a jadear enloquecidos por el deseo. Rena no podía dejar de besarlo. Ford recorrió todo su cuerpo con las manos, hasta que, finalmente, se apartó ligeramente de ella.

—Bien hecho, señora Harlow —le dijo con una gran sonrisa—. No recuerdo a ninguna mujer que reaccionara con tanto entusiasmo a mis muestras de afecto.

—Me alegro y espero que no la encuentres ya —le susurró ella —. Porque te quiero tanto que no estoy dispuesta a compartirte con nadie.

La sonrisa desapareció del rostro de Ford y la apretó con fuerza. El hambre y el deseo eran tan intensos que Rena casi no podía

controlar las lágrimas. Había echado mucho de menos todas aquellas sensaciones.

Ella había logrado confesarle su amor y, aunque no había obtenido lo mismo en respuesta, aquello era tan maravilloso que sólo podía significar que él sentía algo parecido.

Ford rompió el beso una vez más, la tomó de la barbilla y la miró a los ojos.

—Te amo, cariño, creo que desde el primer día que llegaste aquí diciendo que no querías casarte conmigo por la tierra —hizo una pausa y su expresión se ensombreció—. Debería habértelo dicho antes, lo sé. Pero temía que no me creyeras y, lo que era aún peor, que no llegaras a confiar en mí lo suficiente como para corresponderme —la besó suavemente—. Me equivoqué al esperar tanto y he estado a punto de perderte.

Por fin había dicho las palabras que tanto había ansiado escuchar y que tanto la habían preocupado. Aquel milagro la llenó de una sensación cálida y, por primera vez, se dejó llevar por un sentimiento de amor sincero, y lo hizo orgullosa y feliz.

—Te quiero —dijo ella sin poder dejar de sonreír.

Ford la tomó en sus brazos y se puso de pie. Dudó unos segundos antes de besarla de nuevo.

Luego, se encaminó al dormitorio.

Bajaron media hora tarde para la cena, pero Zelly no dijo nada. Aquella noche, la mujer había puesto candelabros en la mesa con una base de flores. Ford sacó el champán e hicieron planes para el futuro antes de brindar.

* * *

Dos años después, tuvieron el primero de los cuatro hijos que tendrían en total.

Ninguno de sus niños ni de sus niñas sufrieron jamás las consecuencias de aquel oscuro y doloroso pasado, porque la vida que tuvieron con su padre y con su madre fue sólida y llena de amor.

Algún día, sus hijos continuarían con lo que ellos dos habían sembrado.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/